
3
¡HA MUERTO EL SOL!
GEORGE H WHITE.
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

CAPITULO PRIMERO.

Desde uno de los grandes ventanales acristalados de la torre de vuelos el capitn Escuder avizor el neblinoso horizonte con los prismticos.

-Ah llega la fala del almirante -anunci. Y volvindose hacia el interior del departamento de radio orden -: Quiten ese servicio de caf de encima de la mesa. Y abrchense los botones de la casaca. El Viejo, seguramente subir aqu.

Los oficiales y soldados de la torre, conocedores por anteriores y desagradables experiencias de las manas disciplinarias del almirante Bandini, se apresuraron a poner cierto orden en su departamento y alguna compostura en su atuendo personal.

No les sobr mucho tiempo. La fala del almirante, esbelta navecilla area de relucientes cromados con tres grandes luceros de cuatro puntas sobre las portezuelas, se desliz velozmente sobre la Base Sideral y fue a posarse con hbil maniobra sobre la terraza de la torre.

Poco despus se escuch un zumbido del ascensor y la puerta se abri cediendo paso al almirante Jefe de la Base. El capitn Escuder sali a su encuentro saludndole.

-Es cierto eso? -pregunt Bandini a bocajarro -. Se ha confirmado la primera informacin?

-Hemos establecido nuevo contacto con la patrulla, seor -inform el capitn -. Aterrizarn aqu, en Ganmedes, dentro de quince minutos.

Bandini qued esttico unos instantes. Luego hizo chascar la lengua y exclam:

-Demonio con los Aznar! Quin iba a decir que volveramos a saber de ellos al cabo de tres meses que les damos por muertos? Seguro que son ellos, oficial?

-Seor! -protest Escuder sonrindose -. Eso fue lo que dijo el contralmirante Rpita, y no creo que estuviera bromeando.

-No, claro que no! -murmur Bandini. Y aadi pensativamente -: Nadie se permitir una broma tan cruel. He expedido un radiograma a la Tierra anunciando a la seora del Almirante Mayor que tanto su marido como su hijo estn sanos y salvos. Tiene ah la lista de los supervivientes?

El oficial tom de la mesa una hoja de papel que tendi al almirante. Este enumer su contenido en voz alta:

-Capitn Miguel ngel Aznar Schmidt. Capitn Sofa Medina. Cabo Ventura, soldados Harley y Portocarrero; supervivientes del Comando. Supervivientes de la Comisin, don Miguel ngel Aznar. Almirante Mayor honorario de la Armada Sideral. No hay ms?

-No, seor. Eso es todo. Bandini dej el papel sobre la mesa.

-Algo terrible debi ocurrir, y no lo sabremos con toda certeza hasta que ellos estn aqu. Cul es su posicin actual?

-Acaban de entrar en el radio de accin de nuestro radar, seor -anunci un oficial sealando a una gran pantalla de radar.

Un altavoz gangue:

-Hola, torre! Aqu, Rpita. Patrulla sideral "M-200" solicita permiso para tomar tierra. Cambio.

-Aqu torre. Hola, patrulla "M-200". Tiene un rea despejada en la cuadrcula J-8. Aterricen all. Entendido? Cambio.

-Entendido, torre, Cuadrcula J-8 -gangue el tornavoz.

Y el almirante orden:

-Enven all un automvil para que recoja a los supervivientes del comando y los conduzca al Departamento de Informacin.

Despus de lo cual y mientras su orden era repetida por telfono, el almirante tom un par de prismticos y se acerc a uno de los ventanales para seguir desde lejos el aterrizaje de la patrulla "M-200".

Aunque "slo" era una patrulla, la "M-200" estaba integrada de un millar de cruceros de combate. Estos grandes buques del espacio eran en todo iguales a los que en nmero de varios miles cubran por completo la llanura que formaba la Base Sideral de Ganmedes. Slo haba una diferencia, y era sta que mientras los buques de la base aparecan limpios y flamantes, los de la patrulla mostraban en sus costados grandes desconchaduras de pintura, estaban cubiertos de polvo y presentaban en sus esbeltos cascos las cicatrices producidas por el impacto de los aerolitos; seales todas ellas de haber realizado una prolongada correra por el espacio interestelar.

El almirante Bandini, Jefe de la IV Flota Sideral Terrcola, presenci cmo la patrulla tomaba tierra y luego abandon la torre de vuelos para dirigirse hacia el pabelln donde estaban las oficinas del Servicio de Informacin de la Armada.

Su entrada en la oficina casi coincidi con la llegada del veloz automvil elctrico que haba salido en busca de los viajeros. Desde la puerta del pabelln, Bandini y el grupo de oficiales del Servicio de Informacin all reunidos vieron bajar del coche a dos muchachas y cuatro hombres que vestan todava las vtreas y slidas armaduras que constituan el traje obligado de los astronautas de la Armada.

Todos los miembros del pequeo grupo se haban despojado ya de las pesadas escafandras. Las dos muchachas, que eran jvenes y bien parecidas, llevaban el pelo muy largo y lacio. Los cuatro hombres tambin lucan una crecida pelambrera, y adems de esto sendas y enmaraadas barbas que iban desde el rubio ceniciento de uno de ellos hasta el negro azulado de otro pasando por los colores intermedios de los otros dos.

-El de la barcaza ms oscura debe ser el "Superalmirante" -dijo uno de los oficiales del Servicio de Informacin. Bandini sali al encuentro de este personaje exclamando:

-Gran Dios! De dnde salen ustedes con esa facha?

-Hola, Bandini -contest don Miguel ngel Aznar estrechando la mano del almirante -. Hemos estado jugando a Robinsones, como usted puede ver.

-Pero esas barbas?

-Estas barbas se las voy a hacer comer al idiota de sus oficiales que se olvid de incluir una maquinilla de afeitar entre el equipo del comando -asegur el "Superalmirante" sentenciosamente.

Bandini contempl admirado al resto del grupo. Uno de los hombres, el cual luca una rizosa barba rubia, le salud llevndose los dedos de la mano derecha a la frente.

-Hola, almirante!

-Cmo est usted, Miguel ngel? -pregunt Bandini estrechndole la mano -. Vaya sorpresa, amigos! Saben que les dbamos por muertos?

-Estbamos enterrados, pero no muertos -contest el joven echndose a rer.

-Hola, Medina -salud Bandini estrechando a continuacin la mano de una muchacha esbelta y rubia -. He mandado tambin un radiograma a su padre de usted anuncindole que estaba viva.

-Gracias, almirante -contest la joven.

Bandini volvi a mirar lleno de sorpresa al grupo, cual si le costara convencerse que estaban vivos, y murmur:

-Bueno, bueno. Vamos a entrar ah dentro. Calculo que tendr la mar de cosas que contar. Tres meses perdidos! Pero dnde han estado hasta ahora?

-En Obern, naturalmente -contest don Miguel ngel precediendo a Bandini en el interior de la oficina -. Nos pareci ms prudente aguardar a que las aguas se calmaran y los sadritas dejaran de buscamos para filtrarnos entre sus lneas y regresar a Ganmedes.

Todo el grupo entr en la oficina tomando asiento a un lado de una larga mesa. Bandini ocup la cabecera del mueble y los oficiales del Servicio de Informacin se sentaron al otro lado con sus libros de notas y sus equipos de grabacin magnetofnicos.

-Han mandado aviso a mi mujer? -pregunt el "Superalmirante" mientras los oficiales se preparaban.

-Exped un radiograma anuncindole que se encontraban a salvo. Espero que eso baste para tranquilizarla, -dijo Bandini.

-Se lo agradezco. La pobre debe haber sufrido mucho. -Y que lo diga. No ha habido da que no recibiramos un par de radiogramas suyos preguntando si sabamos algo.

Los oficiales ya estaban preparados. El capitn Gardiner lo anunci as

diciendo:

-Puesto que el capitn Aznar fue el jefe del comando, creo que debemos escucharle a l primero. Est dispuesto? Miguel ngel Aznar asinti.

Los equipos de grabacin echaron a andar. Gardiner pregunt:

-Diga, capitn Aznar. Qu ocurri a partir del momento que abandonaron el paquebote sideral? A lo que el joven contest sin vacilar: -Salimos lanzados por la escotilla inferior y camos en el polvo que cubra la superficie de Obern. El polvo formaba una capa de dos o tres metros, pero debido a la escasa fuerza de gravedad de aquel satlite tena poca consistencia. Nos hundimos en aquel polvo como en una montaa de paja, y all nos quedamos esperando a que la Comisin de parlamentarios acabara su entrevista con los hombres de Titanio para

-Al decir "hombres de Titanio" se refiere a las gentes que nosotros conocemos con el nombre oficial de "sadritas", capitn? -pregunt Gardiner.

-Claro!

-Bien, prosiga.

-Tenamos nuestra radio sintonizada con la onda del paquebote. Podamos escuchar a la vez lo que hablaban los operadores del buque y la conversacin que sostenan entre s los miembros de la Comisin, todos ellos equipados con radio tambin. Lo que ocurri a la Comisin slo pudimos saberlo nosotros por lo que omos. Mi padre

-S -dijo Gardiner -. Creo que el almirante debe referirnos eso.

-Bien -dijo el seor Aznar -. Esto fue lo que ocurri. El paquebote sideral lanz a los comandos, contorne la montaa en cuyas entraas estn excavados los refugios de la Base y se detuvo ante las esclusas de la entrada. La Comisin, doce senadores y generales equipados con armaduras y escafandras, ech pie a tierra. Haba aguardndonos un trenecillo de plataformas de los que hay en uso en la Base. El conductor del tren era un sadrita equipado con una de esas armaduras metlicas en forma de bidn cilndrico que parecen ser iguales para todos. La Comisin ocup las plataformas y el trenecillo se puso en marcha entrando en el refugio. La Base, como habamos supuesto, estaba llena de un gas extrao.

Pareca lgico, y nosotros lo esperbamos as, que los sadritas andarn sin armaduras por dentro de la Base.

-Y no era as? -pregunt el capitn Gardiner. -Pues ver usted -dijo el seor Aznar -. En realidad, los sadritas "s" andaban por la Base sin armadura. Pero nosotros no supimos comprenderlo entonces. Vimos cierto nmero de pequeos pulpos pero de dnde bamos a imaginar que aquellos repulsivos bichos eran sadritas en "persona"?

Y el almirante mayor honorario de la Armada se qued mirando de

hito en hito a los oficiales, como esperando de stos una reaccin de sorpresa que no lleg a producirse.

El seor Aznar esper un poco ms y, defraudado, prosigui:

-Bueno; nosotros creamos todava que dentro de aquellas armaduras haba hombres y no nos fijamos en los pulpos. Nos parecieron simples "animalitos". Una docena de sadritas con armadura nos cogieron y nos llevaron hasta una habitacin donde esperaba otra comisin de cuatro o cinco tipos de aquellos.

Empezamos a dialogar con ellos por escrito; esto es, utilizando una mquina de escribir Thorbod.

Cruzamos algunas frases de cortesa y luego les pregunt por la suerte que haban corrido los nufragos de la batalla sideral de Urano que, creamos, tenan prisioneros. El sadrita que pareca llevar la voz cantante, se puso ante la mquina Thorbod y escribi: "Nuestros sabios los utilizaron como material de estudio", o algo parecido.

-Quiere decir que mataron a nuestros hombres? -pregunt Bandini.

Y el seor Aznar contest:

-S. Eso, al menos, nos dieron a entender descaradamente. Y no creo que fanfarronearan. Se respiraba all una atmsfera amenazadora que nos tena a todos con los nervios de punta. Y decidimos despedirnos dando por terminada la entrevista. As que me puse ante la mquina de escribir y redact una breve splica para que nos condujeran hasta nuestro buque. Naturalmente, no tena la menor esperanza de ser atendido. Mis temores se vieron confirmados con la entrada de un grupo de sadritas que se abalanzaron sobre nosotros. Hubo una breve lucha. Tres de los nuestros murieron all mismo, vctimas de las pistolas de "luz slida" de los sadritas. A los dems nos redujeron a la impotencia, nos sacaron del cuarto y nos llevaron para encerrarnos por separado; uno en cada celda. Mientras nos llevaban prisioneros no dej de utilizar la radio, tanto para aconsejarle al comandante del buque que escapara en seguida como para despedirme de mi hijo, al que supona estaba escuchndome. Pero no pude hablar mucho rato. La comunicacin qued interrumpida.

-Fue -dijo Miguel ngel -que el paquebote sideral acababa de ser destruido por los proyectores de luz slida que el enemigo tena emplazados en la ladera de la montaa.

-Prosiga usted -indic Gardiner volviendo el micrfono hacia el joven.

Y Miguel ngel Aznar hijo prosigui:

-El comando tena orden de no empezar a actuar hasta que el paquebote hubiera abandonado Obern con nuestros parlamentarios. Puesto que el buque estaba destruido y prisionera la Comisin, decid comenzar las operaciones en seguida. Salimos del polvo donde estbamos enterrados y nos encaminamos en busca de una de las salidas de emergencia de la Base. Llevaba un plano conmigo y no

tardamos en encontrar la puerta. La forzamos con nuestras pistolas de "luz slida" y nos introdujimos por un tnel. Todava tuvimos que forzar otras puertas antes de salir a un corredor de la Base. Todos los tneles y corredores del subterrneo estaban llenos de un gas extrao.

-Cmo se dieron cuenta de la presencia de aquel gas, siendo as que iban ustedes encerrados en hermticas armaduras y escafandras?

-El gas era perfectamente visible. Formaba una espesa capa de unos cuarenta centmetros por el piso de todos los corredores. Era de color azul, pegajoso y muy pesado. Una bendicin para nosotros.

-Cmo?

-Una bendicin -repiti Miguel ngel. Y aadi -: Me explicar. Como ustedes saben nosotros bamos equipados con armaduras qu eran en todo una copia fiel de las armaduras que utilizan los hombres de Titanio excepto en un detalle. Nuestros pies no eran iguales. El empeine humano no permiti a nuestros ingenieros fabricar unas armaduras que tuvieran los pies iguales que los de los sadritas. Este era un inconveniente muy grave, que nos hubiera obligado a evitar las zonas bien iluminadas y buscar los corredores ms apartados de la Base entretenindonos quiz varios das antes de cumplir nuestra misin. Pero con la presencia de aquel gas espeso que se enredaba a nuestros pies todo cambi. Podamos ir de un lado a otro e incluso mezclarnos con los sadritas sin que stos nos reconocieran bajo nuestros disfraces. Nuestros pies no se vean comprende?

-Comprendido -contest Gardiner -. Prosiga usted. -Yo haba escuchado la conversacin entre los parlamentarios y el paquebote, y tambin la despedida que mi padre me hizo por radio. Estaba impaciente por concluir nuestra misin para intentar rescatar a los miembros de la Comisin. Y decid actuar. Tomamos un ascensor que nos dej en el piso inmediato superior. All vimos por primera vez una manada de esos asquerosos pulpos. Tambin a nosotros nos choc que los "hombres" que andaban por la Base fueran metidos en armaduras. La profesora Castillo, que vena con nosotros, insisti en que el "hombre de Titanio" que iba dentro de aquellas armaduras era ni ms ni menos que los asquerosos pulpos que estbamos viendo. Aquello era muy fantstico, pero relativamente fcil de comprobar. Bastaba coger un sadrita de los de armadura, y abrir su escafandra para ver lo que haba dentro y eso fue lo que hicimos. La vctima fue el solitario conductor de un trenecillo elctrico que pasaba por el tnel. Le detuvimos por seas, le disparamos a la cabeza con nuestras pistolas de "luz slida" y lo arrastramos hacia un lavabo contiguo. El profesor Ferrer le quit la tapa posterior de la cabeza. Y saben lo que haba dentro?

-S -contest el almirante Bandini -. Un pulpo.

-Caramba! -exclam Miguel ngel -. Cmo lo adivin?

-Lo averiguamos hace cosa de un mes por pura casualidad. Una de

nuestras patrullas siderales se tropez con una patrulla sadrita en los alrededores de Neptuno. Con la desaparicin de los parlamentarios que fueron a Obern nos considerbamos en virtual estado de guerra con los sadritas. Nuestros patrulleros tenan orden de acometer si se encontraban con el enemigo en el espacio y acometieron. El resultado fue el aniquilamiento total de la patrulla enemiga. Los nuestros tambin sufrieron elevadas prdidas, pero se apuntaron la victoria y recogieron un par de nufragos sadritas. Se trataba de dos individuos metidos en armaduras cilndricas. En el interior de la cabeza de los "robots" se descubrieron sendos pulpos.

-Hombre qu gracia! -farfull el joven -. No podran haber hecho eso nuestros patrulleros tres meses atrs?

-Hace tres meses ignorbamos lo que iba a ocurrir. Por aquel entonces conservbamos alguna esperanza de llegar a una convivencia pacfica con los sadritas.

-Menuda "convivencia pacfica"! -exclam Miguel ngel -. Saben ustedes lo que hicieron los sadritas con los miembros de la Comisin que fue a parlamentar?

-Lo sabremos a su debido tiempo si usted no se salta ningn episodio de la aventura y contina el relato ordenadamente -dijo Gardiner. Y pregunt: - Qu ocurri despus que descubrieron el pulpo dentro de la cabeza del robot?

-Dimos por hecho que all no haba ms "hombres" que los pulpos y decidimos apresar vivos a un par de stos. Fuimos hasta uno de los montacargas que estaban dedicados a trasladar pulpos a los pisos bajos. Haba un "hombre" encargado de accionar los botones del ascensor. Lo liquidamos y escondimos su cuerpo suplantndole junto a los botones. Lleg otro tren cargado de pulpos. Cuando el montacargas subi y los pulpos se lanzaron dentro, nosotros saltamos tambin a la plataforma y cerramos las puertas. Mientras el ascensor bajaba cogimos dos pulpos, los envolvimos en sacos y aplastamos todos los dems. Luego precipitamos el montacargas al fondo y salimos a toda prisa en busca del pasadizo por donde habamos penetrado en la Base. Fue entonces cuando o por la radio la voz de mi padre que me estaba llamando.

-En efecto -dijo aqu el propio "Superalmirante" -. Acababa yo de recuperar mi escafandra y el aparato de radi con sta, y oa lo que los comandos estaban hablando.

-Decid correr en su ayuda -agreg Miguel ngel -aunque l se opona. Pero el senador Barnes, que estaba con mi padre, me facilit por radio algunos datos de los lugares por donde pasaban, lo cual me sirvi para identificar en el plano el punto donde se encontraban.

-Pobre senador! -Exclam el seor Aznar -. La muerte le alcanz de todos modos.

Y Miguel ngel prosigui narrando:

-Todo el comando se ofreci a participar en el rescate de pap y del senador Barnes. Design al sargento Avila y a los soldados Selenio y Gray para que acompaaran a la profesora Castillo y al profesor Ferrer, y sal con el resto en busca de mi padre. Lo encontramos en una habitacin, donde los sadritas lo estaban interrogando sirvindose de una mquina de escribir Thorbod. Fue cuestin de un segundo despachar a los sadritas y salir de aquel matadero

-Un momento! -cort Gardiner alzando una mano. Y mirando al almirante mayor, pregunt: - Es cierto que les interrogaron, seor? Eso puede ser interesante. Qu les preguntaron?

-Queran saber si tenamos proyectores de luz slida como los suyos y el nmero en que los estbamos fabricando -contest el seor Aznar.

-Contestaron ustedes esa pregunta?

-No hubo ocasin. El comando Neg antes que tuviramos tiempo de repetir lo que otros ya haban confesado ante nosotros.

-Cmo? Qu quieres decir? -pregunt el oficial. -Y el almirante mayor contest lgubremente:

-La mesa estaba llena de papeles mecanografiados con todos los datos que el enemigo pudiera desear. Los que nos precedieron en el interrogatorio haban cantado de plano. Y esto, por una razn muy sencilla. Los sadritas les torturaron. Les quitaron las escafandras y las armaduras, les equiparon con pulmones de oxgeno y les martirizaron hasta acabar con ellos. Aquella habitacin era un matadero. Haban salpicaduras de sangre en las paredes, un montn de cadveres descuartizados en un rincn oh, no quiero recordarlo!

Los oficiales se miraron unos a otros llenos de zozobra. Sigui un breve silencio, hasta que Bandini murmur:

-Bien, prosiga usted, capitn Aznar. Mataron a los sadritas que haba en la habitacin y salieron. Qu ocurri luego?

-En el corredor nos tropezamos con un pequeo grupo de sadritas metidos en armaduras. Los sadritas supieron en seguida que ramos terrcolas disfrazados y abrieron fuego contra nosotros. All cayeron el senador Barnes y el soldado Deval. Por nuestra parte pusimos fuera de combate a tres de los sadritas. El cuarto huy para dar la alarma en toda la Base. No era cosa de estarse quietos esperando que vinieran por nosotros. El plano del refugio nos depar una salida de emergencia que estaba no lejos de all, al fondo del almacn de armaduras de cristal de las que nuestras fuerzas dejaron all al evacuar la Base. Cambiamos las armaduras de "dedona" por otras de astronauta, nos equipamos de "backs", y salimos al exterior. Poco despus cuando volbamos a ras del suelo, descubrimos los restos de un aero-bote terrcola.

Era una embarcacin que el sargento Avila y los profesores Ferrer y Castillo utilizaron para escapar. Encontramos sus restos dentro. Los

sadritas les haban derribado apenas salieron del tnel por donde habamos entrado a la Base. No nos entretuvimos ms del tiempo indispensable para cerciorarnos que el aero-bote era el de nuestros amigos. Luego nos alejamos rpidamente de all, yendo a ocultarnos en una hendidura del suelo muy lejos de la Base. Llevbamos provisiones, oxgeno y agua para varios meses. Tambin tenamos, debidamente reducidos de tamao, un aero-bote y un gran tanque metlico que poda servirnos de refugio. Decidimos esperar hasta que los sadritas dejaran de buscamos. Metamorfoseamos el tanque bajo una espesa capa de polvo, nos metimos en l con el resto del equipo y all hemos estado, hasta que hace un par de semanas decidimos regresar con el aero-bote. El hecho que estemos aqu demuestra bien a las claras, que pudimos burlar las patrullas siderales del enemigo.

El capitn Aznar se interrumpi mirando a los oficiales del Servicio de Informacin y agreg:

-Bien; eso es todo, a menos que ustedes quieran preguntar alguna cosa ms.

-Basta por ahora con este informe -dijo Gardiner -. Lo que ustedes necesitan es un buen bao, y echar un sueo de veinticuatro horas seguidas.

-Eso es lo que pensamos hacer a bordo del buque que nos tenga que llevar de regreso a la Tierra -dijo el almirante mayor sonriendo.

-Nos hacemos cargo -dijo el capitn Gardiner empezando a recoger los papeles de la mesa -. En lo que al Servicio de Inteligencia respecta quedan ustedes en libertad de emprender el viaje de regreso a la Tierra en el momento que deseen.

-Todava pueden coger el crucero correo de la Armada si se apresuran -dijo el almirante Bandini.

Los comandos se pusieron en pie desfilando hacia la puerta. Gardiner llam a Miguel ngel:

-Una ltima pregunta capitn Aznar. Aqul par de pulpos que ustedes cogieron moriran, naturalmente?

-No encontramos rastros de ellos en el aero-bote destruido -contest Miguel ngel -. Lgicamente, debieron ser los primeros en fallecer.

Se interrumpi. Y luego aadi pensativamente: - He de reconocer que, desde el punto de vista militar, la accin result un fracaso. No pudimos traer los prisioneros que fuimos a buscar. En otros aspectos, sin embargo, algo hemos aprendido en el curso de esta misin. Una de estas cosas es que los sadritas no sienten el menor respeto ni aprecio hacia nosotros. Son ladinos, crueles e inhumanos. Nunca abrigaron la intencin de cultivar nuestra amistad ni establecer con nuestra raza una inteligencia pacfica. Sus promesas y buenos deseos no fueron ms que una pantalla, un pretexto para ganar tiempo.

Ciertamente, no sabemos para qu necesitaban ese tiempo. Pero si ha

sido para poder preparar la transmutacin de nuestro sol en un sol de helio o de cualquier otra naturaleza distinta, aunque esa transmutacin signifique el aniquilamiento total de la vida sobre nuestros planetas recuerde el da que se lo digo, Gardiner; lo harn sin importarles un ardite la suerte que podamos correr nosotros!

-S -murmur Gardiner moviendo la cabeza -. Esa es tambin la opinin ms generalizada entre nosotros. Porque sabe usted? Aquellos dos "hombres" de Titanio que recogieron nuestros patrulleros estaban vivos. Nuestros cientficos los examinaron y ahora estamos seguros de la incompatibilidad de su naturaleza con la nuestra! Por fuerza habrn de probar a transmutar nuestro sol, si es que desean poder habitar en estos planetas.

-De veras? -murmur Miguel ngel entornando los prpados. Y tras una breve pausa aadi -: Bueno; ignoro de qu medios se valdrn esos diablos de pulpos para efectuar la transmutacin del sol, ni s si esta transmutacin est al alcance de las posibilidades humanas. Pero una cosa le dir, y es que si est en su mano hacerlo Ya podemos ir preparndonos!

Y ech a andar sacudiendo la cabeza cual si hablara solo Gardiner le sigui con la vista desde la puerta de la oficina mientras se reuna con la capitana Sofa Medina, la cual se haba rezagado del grupo para esperarle. Los dos jvenes se cogieron de la mano y dieron una carrerilla para alcanzar al Almirante Mayor.

El capitn Gardiner volvise hacia un oficial que estaba a su lado.

-Son novios el capitn Aznar y la capitana Medina? -pregunt.

A lo que el interpelado contest sonriendo: - Quin sabe? Quiz sea sta otra de las "experiencias" adquiridas por Aznar durante la aventura de Obern.

.

CAPITULO II.

.

De codos sobre el parapeto de la terraza, con las manos enlazadas, Sofa Medina y Miguel ngel dejaban vagar su ensoadora mirada sobre la magnfica perspectiva de la baha y la ciudad de San Francisco que se dominaba desde la colina. Hasta ellos llegaba indistintamente el murmullo del avispero de la gran ciudad y las risas y las voces de la familia reunida bajo la parra de lustrosos pmpanos.

Eran las ltimas horas de una limpia, clida y tranquila tarde de mediados de abril. En el jardn de los Aznar, una flora multicolor de rosas, claveles y orqudeas, cabeceaba mecida por la tibia brisa esparciendo en la atmsfera su enervante perfume.

El sol, llameante globo amarillo, descenda hacia el horizonte sobre

un mar sembrado de lentejuelas.

No era ms que una tarde de primavera igual a otras muchas de las que solan disfrutar los privilegiados habitantes de la costa californiana. Pero sta la senta Miguel ngel Aznar con nueva intensidad, ms bella y romntica que todas las vividas hasta entonces, porque la contemplaba a travs de sus ojos de enamorado.

-Te gusta mi casa? -pregunt Miguel ngel oprimiendo en la suya la mano tibia y sedea de Sofa.

-Oh, mucho! -exclam la joven con sincera admiracin.

-Si nos casramos ahora podramos disfrutar completamente a solas de la casa durante nuestra luna de miel. Mis padres se eclipsaran discretamente yndose a Espaa con mis hermanos y no regresaran hasta dentro de un par de meses. Eh! Qu me dices? No te seduce la idea?

Y el joven la mir con amorosa intensidad, brillantes las grises pupilas. Sofa se ruboriz y correspondiendo a la presin de la mano masculina contest:

-Claro que me gustara! Pero no puede ser.

-Por qu no? Quin se opone?

-Las circunstancias. Es un disparate hablar de boda, de luna de miel y de felicidad en vsperas de comenzar una guerra que amenaza sumir al mundo en la desdicha.

-Bueno, bueno! No hay que tomar la cosa por lo trgico. La guerra no va a comenzar maana.

Tenemos un par de meses para dedicarnos a nosotros mismos, y el indiscutible derecho de gozar nuestra propia dicha. La guerra vendr, eso es seguro. Pero cualquier cosa que ocurra luego, nadie podr arrebatarnos estos das de intensa felicidad.

-No creo en la felicidad a plazo fijo. Sera horrible tener que estar contando los das, las horas y los minutos que nos quedaban de estar juntos pensar que todo iba a terminar de un momento a otro que tendramos que separarnos, quiz para no volvernos a ver nunca ms.

-Las mujeres casadas y en estado de tener un hijo quedan automticamente exentas de prestar servicio en las Fuerzas Armadas -dijo Miguel ngel -. Las probabilidades de que ocurriera una desgracia se reduciran a la mitad si solamente uno de nosotros tuviera que participar en los combates. Y la sucesin de nuestro apellido quedara asegurada en mi hijo an en el caso que a m me ocurriera lo peor.

La joven se volvi para clavar en Miguel ngel una mirada de profundo asombro.

-Eso ha salido de ti? -pregunt.

-Bueno -farfull el joven -. De mi padre y de m; de los dos. El est de acuerdo en que debemos celebrar la boda inmediatamente.

-Para asegurar la sucesin del apellido Aznar, claro.

-Y para librarte a ti del servicio de la Armada y porque deseo

hacerte mi esposa.

Sofa Medina se desasi bruscamente de la mano que oprima la suya.

-Lo siento -dijo -. Quiz no sepa apreciar en su justo valor el honor de que queris hacerme objeto pero

-Sofa! -exclam Miguel ngel -. Te advierto que ests equivocada si crees que es esa la nica razn por la que deseo casarme contigo. Adems; no veo por qu has de considerarte ofendida. Es bastante natural, me parece a m, que un hombre aspire a perpetuar su nombre en un hijo. Mxime cuando, como en mi caso, soy el ltimo descendiente directo de los Aznar. Si a m me ocurriera algo

-Si a ti te ocurriera algo, yo no quisiera ser la viuda de un hombre al que slo tuve unos das por marido -cort secamente Sofa.

-Temes que eso pudiera perjudicarte en el futuro?

-Tratndose de la viuda de un Aznar me perjudicara, tenlo por seguro.

-Oh! -exclam el joven amargamente -. No saba que tuvieras planes para el caso que yo cayera en la contienda.

A lo que contest enojada:

-No me he preocupado de hacer planes. Es, sencillamente, que no me acomodan los vuestros. No me seduce en absoluto la perspectiva de quedarme en casa mientras t sales a batirte al espacio, esperar das y das en la incertidumbre, temer recibir a cada instante el despacho en que se me anuncia tu desaparicin, ser madre de un hijo hurfano, viuda de un hroe cuyo cuerpo vaga por el espacio interestelar No, no me seduce nada! Si algo ha de ocurrirte prefiero seguir siendo soltera y libre, tener opcin a rehacer mi vida, a olvidarte quiz en el ejercicio de una carrera que me gusta y me ofrece un brillante porvenir.

-Temes que tu viudez fuera un obstculo para volverte a casar?

Ella le mir entre defraudada y dolorida.

-Temo que despus de haber disfrutado contigo una efmera felicidad, vivira para siempre encadenada a tu recuerdo. Y ese recuerdo sera an ms intenso si me dejaras un hijo tuyo. Eso es lo que he querido decir, y lamento que no hayas sabido comprenderlo.

El joven enrojeci ligeramente.

-Perdname, Sofa -murmur -. No he querido ofenderte. Tena yo tanta ilusin que!

La alegre voz de Gerardo Otero, el futbolista cuado de Miguel ngel, acudi oportunamente en ayuda del apurado joven:

- En, pareja de trtolos! Por qu no vienen hacia ac y animan un poco esta tertulia de vejestorios?

Miguel ngel sonri un poco forzadamente en direccin al grupo que charlaba bajo el emparrado.

-Olvida lo que he dicho, Sofa -murmur asindola de un brazo y separndola del parapeto -. Seguiremos como hasta ahora en tanto no

se decida la guerra que est para empezar. Luego Dios dir!

Los novios se alejaron del parapeto regresando junto al grupo. Este estaba formado por el seor y la seora Aznar; doa Mercedes, madre del Almirante Mayor; Estrella Aznar, hermana de don Miguel ngel y Jos Luis Balmer, su marido; Otis Aznar, hermana de Miguel ngel y el marido de sta con el hijito de ambos.

La reunin tena por objeto celebrar el feliz regreso del Almirante Mayor y de Miguel ngel, a los cuales se haba llorado ya por muertos en la familia. Pero con todo y ser tan feliz el motivo de la reunin, sta transcurra en una atmsfera de zozobra y tristeza. Slo Gerardo Otero pareca ajeno a la preocupacin general. A l no haba "hombres de Titanio" y posibles transmutaciones solares que le afectaran. Sus msculos de atleta y las peripecias del Campeonato de Liga eran su nica preocupacin.

Don Miguel ngel Aznar lo detestaba cordialmente.

-Muy bien, cuado! -exclam Gerardo pegando una fuerte palmada en la rodilla de Miguel ngel -. Dime cundo vas a entrar en la Liga de Pobres Maridos. Ests ya decidido?

Y solt una alegre y estrepitosa carcajada, como si acabara de hacer la frase ms original y graciosa del mundo.

El Almirante Mayor mir a su hijo interrogativamente, casi con ansiedad. Miguel ngel contest:

-Hemos decidido aplazar nuestra boda hasta que se resuelva la guerra en un sentido u otro.

-La guerra, la guerra! -exclam Gerardo -. Es que no saben hablar de otra cosa? Parece mentira que unos asquerosos e insignificantes pulpos sean capaces de hacer temblar a las Fuerzas Armadas ms poderosas del orbe.

-En esos "insignificantes" pulpos se alberga la mentalidad ms gil y perversa de la Creacin -contest el seor Aznar -. Slo un estpido o un loco se reira de ellos colocndoles en la misma escala zoolgica que los calamares que pescamos para asarlos a la plancha.

Otis Aznar enrojeci, sintindose ofendida a cuenta de la ofensa infligida a su marido. Pero el atleta era demasiado simple e ingenuo para caer en el sentido de la palabra de su suegro, y soltando una risotada contest:

-Qu guerra tan suculenta si los sadritas supieran a mariscos! am, am am a bocados no dejbamos ni uno! Jo jo jo! Jo jo jo!

Y todos los dems se echaron a rer. No precisamente por la gracia de la frase, sino por la simpleza de aquel Apolo futbolista con mentalidad de nio.

Miguel ngel era uno de los que rean con ms gana, echando la cabeza atrs. Sus ojos, a travs de la parra, se clavaron en el cielo. Y algo extrao que vieron en ste borr instantneamente la sonrisa de su rostro,

sustituyndola por una mueca de asombro.

-Recspita! -exclam pegando un brinco que le llev fuera del emparrado.

Y qued mirando a lo alto, a un gigantesco cuerpo celeste que brillaba con luz blanca e intensa, cubriendo casi todo el espacio de horizonte a horizonte, avanzando de este a oeste a una velocidad aterradora.

Don Miguel ngel Aznar y su cuado, Jos Luis Balmer, abandonaron precipitadamente las sillas de jardn corriendo junto a Miguel ngel para mirar tambin al cielo. Sus rostros se cubrieron instantneamente de mortal palidez porque, familiarizados con la Astronoma, saban que el extrao cuerpo celeste no era un autoplaneta ni cualquier otra mquina construida o dirigida por el hombre.

-Un planeta! -grit don Jos Luis Balmer -. Que el Cielo nos proteja!

Y simultneamente con esta invocacin divina, un ronco clamor de multitudes espantadas subi hasta la colina procedente de la ciudad.

Las cosas estaban ocurriendo con demasiada rapidez para las inteligencias humanas embotadas por el pnico. El planeta, que deba tener proporciones inmensas, no estuvo ms de una fraccin de segundo sobre San Francisco. Seguido de una rfaga luminosa cuyos orgenes se perdan en las profundidades del espacio, pas raudamente y se alej como una centella empequeecindose con fantstica rapidez.

Volaba como un rayo de luz en direccin al sol.

Siguiendo el fulminante paso del planeta con los ojos los hombres que unos segundos antes rean las gracias de un futbolista ingenuo sintieron la garra del miedo estrujndoles el corazn.

Todava ignoraban lo que aquello poda significar. Pero eran hombres cultos y saban que el paso de un planeta de las dimensiones de aqul por las proximidades de la Tierra slo poda acarrear consecuencias funestas.

Este pensamiento apenas acababa de germinar en el cerebro de Miguel ngel Aznar cuando se dej or un gran ruido subterrneo y la tierra comenz a temblar.

-Un terremoto! -gritaron a la vez la madre y la abuela de Miguel ngel.

Y una nueva sacudida, ms violenta que la primera y acompaada de mayor fragor, les lanz rodando por el suelo.

De la ciudad subi un tremendo alarido de terror. La potica escena de medio minuto atrs haba cambiado por completo. La tierra segua temblando y abrindose en enormes grietas. Los pilares del emparrado se derrumbaron sobre la mesa, las sillas y las mujeres. La casa del "Superalmirante", removida hasta sus cimientos, empez a ladearse peligrosamente hacia la cornisa que formaba la colina. Nubes de polvo se levantaban aqu y all. Los cristales de las ventanas saltaban en aicos,

los techos se derrumbaban, el hangar donde se guardaba la lujosa fala del almirante mayor se deslizaba ladera abajo sobre un corrimiento de tierras

-Otis mi hijo! -grit Gerardo.

Y saltando con agilidad de fiera hacia la prgola empez a quitar bloques de ladrillos, maderas y ramas con la fuerza de diez hombres.

Todos los dems corrieron hacia all. El Almirante Mayor asi por el brazo a su hijo:

-Deja eso ve al hangar y saca la fala! Corre! Miguel ngel no se hizo repetir la orden. Ech a correr por un caminillo enarenado, teniendo que saltar dos veces sobre otras tantas profundas grietas abiertas en el suelo. En aquellos instantes empez a soplar un fortsimo viento

El hangar, erigido sobre un piso de cemento, se deslizaba lentamente como un patn sobre las tierras que se corran. El viento arreci en fuerza convirtindose en huracn cuando el joven alcanzaba el garaje.

Miguel ngel tir de las puertas corredizas. El viento entr aullando en el hangar y arranc el techo de cuajo lanzndolo a gran altura. El joven entr en el recinto sin techumbre, alcanz la lujosa fala del "Superalmirante" y subi a bordo.

Cuando pona en marcha la pila atmica de la fala, el viento y el terremoto se conjugaron para echar abajo las paredes del hangar y el joven se vio de pronto en medio de un jardn que difcilmente poda reconocer como el suyo. El viento arrastraba consigo intermitentes nubes de polvo, rboles y arbustos arrancados de cuajo, puertas, muebles y techumbres enteras.

Era difcil, por no decir que imposible, conducir la fala por el aire en aquellas condiciones, Pero acuciado por la necesidad y el temor de lo que pudiera ocurrirle a su familia, el joven busc solucin guiando el aparato a ras de tierra.

As, dando tirones y arrastrndose metro a metro por el suelo la esbelta fala avanz penosamente hacia el punto donde estaba la casa.

La casa haba desaparecido por completo, derruida por el terremoto y dispersos sus restos por el huracn, no quedaban ms que los pisos, inclinados hacia el acantilado que acababa de ceder bajo un corrimiento de tierra.

Mirando con angustia a su alrededor, Miguel ngel vio algunos de sus familiares que se arrastraban por el suelo hacia la fala. El joven "ancl" el aparato quitndole casi toda la fuerza electromagntica que le haca flotar. El casco del aero-bote estaba hecho de "dedona", material que era 50.000 veces ms pesado que el agua, y no haba temor de que el viento la arrastrara consigo.

El primero en alcanzar la fala, gateando por el suelo, fue Gerardo Otero con su beb en brazos. Miguel ngel cogi al nio y lo dej sobre un

asiento. El atleta no subi a bordo, sino que retrocedi a gatas para ir a buscar a los dems.

Sofa Medina lleg con doa Mercedes, y detrs aparecieron don Jos Luis Balmer y la seora de Aznar. Todos subieron al aero-bote, el cual temblaba y saltaba a impulsos de los violentsimos temblores subterrneos.

Todo el parapeto de la terraza se haba derrumbado y desde la cabina del aparato, a travs de los slidos cristales de cuarzo Miguel ngel poda ver parte de la ciudad y toda la baha de San Francisco hasta el horizonte.

El sol segua brillando, inmvil sobre la lnea del horizonte marino.

De pronto, algo extrao le ocurri al sol. Su globo amarillo empez a hincharse, tomando una coloracin verde plida. Grandes lenguas de llamas coronaron su brillante disco. Y sigui aumentando de tamao, hacindose ms luminoso, irradiando un calor trrido.

Antes que su brillo fuera tan enceguecedor que impidiera a Miguel ngel mirarlo de frente, el joven vio con espanto una gigantesca y espumajeante ola, alta como una montaa, que vena rodando sobre el mar cubriendo todo el horizonte de extremo a extremo.

La certeza de que la ola iba a arrasar la ciudad, as como que el planeta causante de la catstrofe haba ido a estrellarse contra el sol, entraron simultneamente en el cerebro de Miguel ngel dejndole paralizado de terror.

Era aquello la tan temida transmutacin solar provocada por la humanidad de Titanio?

Miguel ngel apart sus ojos deslumbrados de aquel sol monstruoso, diez veces ms grande de lo normal. La cabina estaba llena de gente. El Almirante Mayor y el seor Balmer pasaban lista mentalmente.

-Cierra la puerta, Miguel ngel! Creo que estamos todos -grit Jos Luis Balmer.

El joven apret el botn que cerraba automticamente la portezuela y abri el regulador de corriente. La navecilla se elev. El vendaval se apoder de ella, la zarande brutalmente y la arrastr consigo a gran velocidad.

-Elvate, Miguel ngel -aconsej el almirante -. Quiz las altas capas de la estratosfera estn ms tranquilas.

Miguel ngel empez a elevarse pero al mismo tiempo ech a tope al acelerador y puso la esbelta proa del aparato de cara al viento.

Se experimentaba a bordo de la navecilla una sensacin fsica de gran calor.

-Ese sol ese sol! -Grit el seor Balmer -. Polariza los cristales o nos va a asar vivos.

Miguel ngel movi el botn polarizador y la cubierta transparente de, la cabina empez a oscurecer, tamizando el brillante resplandor del sol

como los cristales de unas gafas ahumadas. Horrorizados, los tripulantes de la aeronave contemplaron el gigantesco globo que ocupaba casi todo el horizonte.

-Estallar! Va a estallar! Es el fin del mundo! -exclam la seora Aznar cubrindose el rostro con las manos.

Y empez a rezar en voz alta, castaeantes los dientes de terror.

-Miren eso! -grit Sofa Medina apuntando con el dedo.

Era la ola que, semejante a una altsima muralla, vena rodando impetuosamente sobre el mar.

La tripulacin del aero-bote olvid por unos instantes al sol para seguir con ojos fascinados la carrera de aquel formidable rodillo lquido. La ola avanz impetuosamente, cubri sin detenerse la lnea de la costa y se lanz sobre la ciudad

Casas, bosques, torres, puentes rodaron en vanguardia del rodillo destructor saltando en el aire, volviendo a caer volviendo a saltar

Ni siquiera las pintorescas colinas se salvaron de la inundacin. La ola pas sobre ellas y sigui avanzando tierra adentro, arrancndolo, destruyndolo y arrastrndolo todo a su paso.

Detrs de la ola vena el mar. No se trataba de una simple arruga de la superficie del ocano, producida por el viento. Era ms que aquello. Era una inundacin, una salida del mar fuera de sus cauces, una sbita hinchazn de las aguas producida por el paso de aquel fantstico planeta que, segn las trazas, haba ido a estrellarse contra la masa incandescente del sol.

Despus de la ola, el ocano turbulento qued cubriendo Jo que slo unos minutos atrs fuera maravillosa y feliz ciudad de San Francisco. Mientras tanto la aeronave haba seguido elevndose y sus ocupantes podan seguir desde lejos el arrollador avance del alud lquido por el desierto en direccin a las Montaas Rocosas.

Un histrico sollozo de Otis Aznar sirvi para arrancar a los tripulantes de la fala de su absorta contemplacin. El sol segua llameando con intensa luz verdosa.

-Parece que ha dejado de crecer -dijo el almirante mayor con voz que era todava insegura -. Yo creo que puesto que no ha estallado ya, no hay miedo a que ocurra una catstrofe mayor. Veamos estn todos bien? Pon rumbo al este, Miguel ngel. Espero que la ola se detenga en las Montaas Rocosas.

Miguel ngel mir al altmetro. Haban subido rpidamente a 10.000 metros. El viento era todava muy fuerte.

Mientras los tripulantes de la navecilla se examinaban unos a otros localizndose gran nmero de contusiones y heridas leves, Miguel ngel hizo virar al aparato poniendo proa al este.

Impulsada a la vez por el viento y el chorro propulsor de su tobera de popa, la fala vol rpidamente hacia el este teniendo detrs el sol.

Sofa Medina fue a ocupar el asiento contiguo al del piloto. Miguel ngel se volvi a mirarla. La muchacha tena un araazo en una mejilla y la frente manchada de yeso.

-Te encuentras bien? Ella asinti en silencio.

Miguel ngel tambin call, vivamente impresionado por lo que acababa de ocurrir.

-Diablo de planeta! -Exclam al cabo de unos minutos -. De dnde saldra con esa tremenda velocidad?

-Seguramente era un planeta vagabundo. Deba llevar casi la velocidad de la luz, ya que de otro modo se le hubiera visto antes.

Miguel ngel se volvi en su asiento para mirar atrs. El monstruoso sol verde se estaba ocultando en el horizonte.

-Espero que nuestro sol pueda digerir ese planeta -murmur volviendo la vista al frente.

Y de nuevo quedaron en silencio, hondamente impresionados y como aturdidos.

La aeronave sobrevol un extenso territorio que estaba completamente inundado hasta las estribaciones de Sierra Nevada. Solamente las cimas de algunos montes sobresalan de las aguas formando improvisadas islas.

La ola se haba extendido frente a la formidable barrera natural que formaban las montaas, ms all de stas la tierra estaba enjuta.

-Pon la radio, Miguel ngel -dijo el "Superalmirante" -. Veamos qu se dice de lo ocurrido.

Miguel ngel puso en marcha el aparato de radio. En medio de unos ruidos espantosos, que don Jos Luis Balmer atribuy a la erupcin solar, los viajeros pudieron escuchar al locutor de la emisora de Washington que estaba leyendo ante el micrfono multitud de despachos que empezaban a llegar de todos los puntos de la Tierra.

En principio, las noticias parecan ser muy confusas. Un cuerpo celeste que se supona un planeta vagabundo, haba estado a punto de chocar contra la Tierra al cruzar la rbita de sta a una distancia que no llegaba quiz al milln de kilmetros.

El paso del planeta, aunque muy rpido por fortuna, haba alterado el equilibrio de las aguas ocenicas creando una marea que hizo desbordarse el ocano en forma de una ola gigantesca que haba destruido y anegado la totalidad de las ciudades enclavadas a una y otra orilla del Pacfico.

Por la misma causa, al parecer, las fuerzas volcnicas que dorman en las entraas de la Tierra haban despertado sbita y violentamente dando origen a fortsimos terremotos, a la entrada en actividad de muchos volcanes apagados y a la creacin de gran nmero de otros volcanes nuevos surgidos de las grietas del suelo.

Mientras escuchaban ansiosamente, la aeronave volaba hacia el este

dejando atrs el sol que iba hundindose en el horizonte. Breves minutos ms tarde les sorprendan las sombras de la noche, rasgadas aqu y all por el surtidor de llamas y materiales en ignicin de gran nmero de volcanes.

El locutor de radio Washington se despidi con un lacnico:

-"Hasta dentro de unos minutos, en que volveremos a darles ms noticias".

Pausa que aprovech Miguel ngel para preguntar:

-A dnde vamos?

-A Washington -contest el almirante mayor A qu otra parte podramos ir?

Y Gerardo apunt:

-Puesto que su casa ha quedado destruida podran venir todos a la nuestra de Madrid. Aquello probablemente no estar inundado.

-Nosotros queremos volver cuanto antes a Venus.

-dijo la seora Estrella Aznar, hermana del "Superalmirante" -. Estoy intranquila por mi hija Mercedes.

-No podis volver ahora all -refunfu el seor Aznar -. La actividad solar parece ser que ha aumentado y Venus est cerca de setenta millones de kilmetros ms prximo al sol que la Tierra. Debe hacer all un calor achicharrante. Tal y como estn las cosas, todos nosotros nos sentiremos ms tranquilos si la familia se encuentra reunida.

-Pero nuestra hija est en Venus -gimi la seora Balmer angustiada.

-Bueno, no puedes hacer nada por ella -contest el seor Aznar -, Si el calor se hace insoportable en Venus evacuaremos aquel planeta y Merceditas vendr a reunirse con nosotros. Tambin pudiera ser que esa furiosa hinchazn del sol fuera un fenmeno de corta duracin en cuyo caso no ocurrir nada. De cualquier forma vamos a aceptar la invitacin de Gerardo yendo todos a su casa de Madrid para esperar hasta ver cmo queda todo esto.

-Si lo hacen as -dijo la seorita Medina - les ruego se detengan un momento en Washington para que yo pueda desembarcar. -" Atencin, atencin! -dijo en este instante la Voz del locutor de radio Washington -. "He aqu las ltimas noticias que acabamos de recibir del Observatorio Astronmico de Monte Wilson. El misterioso planeta que hace apenas una hora cruz la rbita de la Tierra hizo impact en el sol; El sol empez a hincharse inmediatamente lanzando grandes lenguas de llamas que le dieron un dimetro aparente diez veces mayor, del normal Atencin presten mucha atencin a esto! -la voz del locutor denotaba gran excitacin -. "Un anlisis espectroscopio preliminar realizado por los astrnomos de Monte Wilson parece indicar que nuestro sol est auto transmutndose rpidamente en un sol de helio!

Una ronca exclamacin de rabia y sorpresa brot simultneamente de las gargantas de Miguel ngel Aznar, del almirante mayor, de don Jos

Luis Balmer y de la capitana Sofa Medina.

La voz excitada del locutor sigui diciendo: -"Ustedes supondrn, seoras y seores, las tremendas consecuencias que han de derivarse de este hecho, si se confirma. Es sta la tan temida transmutacin solar que esperbamos? Creemos que no. Tenemos la esperanza que los sabios profesores de Monte Wilson se hayan equivocado al menos por esta vez. No creemos a los hombres de Titanio refugiados en Urano capaces de arrancar de su rbita a uno de nuestros planetas, Neptuno en este caso; y empujarlo como una pelota para que fuera a chocar contra el sol. Eso es imposible y con toda seguridad, el impacto de Neptuno contra el globo del sol sera incapaz de cambiar la naturaleza de ste convirtindole en un sol de helio. Sin embargo, seoras y seores, un hecho aparece ya como cierto y demostrado. El paso de ese desconocido planeta ha herido a la Tierra en una forma inesperada. La Tierra ha dejado de girar sobre su eje! Y ste s que es un hecho irrefutable, comprobado a estas horas por centenares de millones de personas. El sol no se ha puesto todava en la costa del Pacfico

-Virgen Santsima! -exclam la seora Balmer aterrorizada.

Los dems pasajeros se miraron unos a otros con expresin estupefacta.

-La transmutacin solar! No puedo creerlo -murmur el Almirante Mayor. Y aadi -: No es posible!

-Pues yo me temo mucho que s lo sea. No es fcil un error de tanto bulto por parte de los astrnomos de Monte Wilson. Si ellos dicen que

"Atencin, atencin! -grit el locutor por la radio -. "Recibimos nuevas noticias de Monte Wilson. En tanto se comprueba el anlisis espectroscpico, se recomienda a todo el mundo permanezca bajo cubierto. Eviten en lo posible las radiaciones del Sol! Son muy peligrosas! El pblico debe acogerse a los refugios subterrneos y esperar all con serenidad el momento de ser evacuados. Todos los aerobuses, aero-botes y dems aparatos areos de uso civil y particular deben ser presentados por sus tripulantes en los parques de Movilizacin a que estn adscritos para participar en el salvamento de las zonas afectadas por la catstrofe. Repito! Todos los aerobuses, aero-botes y dems "

-Cul es el parque de concentracin de esta fala? -pregunt Sofa Medina para mirar la patente.

-Nuestra embarcacin pertenece a un Almirante de la flota y est exenta de ser movilizada -dijo Miguel ngel.

Sigui una breve pausa mientras la radio repeta su mensaje.

-Voy a llevaros a todos a Madrid -dijo el "Superalmirante" - Luego regresar con la fala para tomar parte en la evacuacin.

-Nos detendremos en Washington. Tambin yo debo presentarme all por si hacemos falta en alguna parte -dijo Miguel ngel.

La aeronave volaba sobre Cincinnati. Unos minutos ms tarde

divisaba la fastuosa iluminacin nocturna de Washington, capital del Estado -Tierra Esta iluminacin, consista en una aurora boreal creada artificialmente mediante la excitacin elctrica de ciertas partculas de las altas capas de la atmsfera, las cuales tenan la propiedad de hacerse luminiscentes como los gases de un tubo de "nen".

Washington, situada algunos centenares de kilmetros ms al Oeste de su antiguo emplazamiento original, no pareca haber sido afectado por la crecida de los mares, el huracn ni los devastadores terremotos. De la intensidad con que brillaba la aurora, a pesar de ser medianoche, poda deducirse que toda la ciudad permaneca en pie, atenta a las terribles informaciones que iba dando la radio.

Miguel ngel Aznar desconect parte del sistema automtico de control de la aeronave, preparndose a aterrizar. Una fala de la Polica se acerc para indagar la identidad del aparato tripulado por los Aznar, pues estaba a las aeronaves prohibido volar sobre la ciudad. Esta prohibicin, sin embargo, no contaba para los aparatos de los altos jefes del Ejrcito y la Armada.

Al ver a los cuatro grandes luceros que brillaban intermitentemente en los costados del aparato, distintivo del alto rango de la persona que lo tripulaba, el patrullero policial salud con unos destellos de sus faros y se alej.

En este momento el locutor de Radio Washington volva a dar nueva informacin:

-" Atencin, atencin! Nuevas informaciones recibidas desde el Observatorio Astronmico de Monte Wilson confirman el primer anlisis espectroscpico solar. Nuestro astro, fuente inagotable de luz, de calor y de energa para nuestro mundo, ha sido transmutado en un sol de helio altamente perjudicial para nuestra naturaleza de carbono. Toda la vida vegetal ser aniquilada de estos planetas en el plazo de unos das. Las mismas personas corren peligro de sufrir grandes quemaduras e incluso de morir tras una exposicin demasiado prolongada a los rayos solares. Nuestro sol, ha sido asesinado! "

Miguel ngel Aznar alarg la mano hacia el botn y cerr bruscamente la radio.

Minutos ms tarde la fala se posaba en la terraza del gigantesco edificio de las Fuerzas Armadas Terrcolas.

.

CAPITULO III.

.

Miguel ngel Aznar se despidi de los suyos en la misma terraza-aeropuerto del edificio.

-Ir a reunirme con vosotros en Madrid si mis servicios no son

necesarios aqu -les dijo.

Sofa Medina estrech la mano a todos, la portezuela se cerr de golpe y la lujosa aeronave se remont en el aire. Los dos jvenes permanecieron all unos instantes hasta que las luces piloto del aparato se apagaron en la distancia, y luego tomaron un ascensor para bajar a uno de los pisos ocupados por los servicios de la Armada.

En los pasillos y oficinas del inmenso edificio, la gente andaba de un lado para otro, haca corrillos, charlaba y gesticulaba como loca. El estupor de los primeros instantes iba siendo sustituido por un sentimiento de clera, de rabia impotente ante el hecho consumado, a la vez que de sed de revancha a plazo corto.

-Nos han asesinado el sol! -deca un contralmirante a un grupo de compaeros -. Esos sucios pulpos de Urano han apagado nuestro sol como quien arroja una piedra a un farol.

-Qu hacemos? -preguntaba un capitn de navo -. Con un sol de helio en nuestro firmamento se impone la evacuacin rpida de estos planetas no es cierto?

Sofa y Miguel ngel se detuvieron para escuchar la respuesta del contralmirante.

-Seguramente tendremos que evacuar. Pero esto es lo que yo digo, y supongo que todos ustedes estarn de acuerdo conmigo No nos marcharemos de aqu sin antes dar su merecido a los pulpos de Titanio!

-Oh, pues claro que no! -exclam un oficial -. Estara bueno que nos marchramos con el rabo entre piernas dejando a esos bichos dueos absolutos del sistema solar!

Los dos jvenes siguieron adelante, escuchando al paso otros comentarios del mismo subido color.

-La verdad es -coment Miguel ngel a su vez - que los sadritas no nos conocen si creen que vamos a aceptar resignadamente la catstrofe que han echado sobre nosotros.

-Pues a menos que nosotros podamos repetir al revs esa transmutacin, volviendo el sol a su primitivo estado, no veo otra salida que la resignacin y el abandono de estos planetas.

-S, seguramente no habr ms remedio que evacuar. Pero no es eso lo que he querido decir, sino que antes de hacerlo mira, ah llega el Almirante Hidalgo!

Los oficiales que casi llenaban el pasillo se haban vuelto hacia un hombre de mediana corpulencia que vesta la casaca escarlata de las Fuerzas Siderales y llevaba en la frente de su gorra las tres estrellas de almirante. Uno a cada lado, le acompaaban otro almirante y un vicealmirante de la Armada.

El Almirante Hidalgo, comandante en jefe de la Armada Sideral y las Flotas Combinadas de los Planetas Confederados avanz rpidamente

por el pasillo correspondiendo con leves inclinaciones de cabeza al saludo de los oficiales. Sofa Medina y Miguel ngel se echaron a un lado para dejar paso al grupo y saludaron a su vez, aunque ambos vestan ropas de paisano. El almirante Hidalgo les mir y de pronto cuando pareca que iba a pasar de largo, se detuvo en seco ante la joven pareja.

-Casi no le haba reconocido, Miguel ngel -dijo Hidalgo tendindole la mano al joven - Cmo est usted? Y su padre y su familia?

-Todos bien, gracias -contest Miguel ngel estrechando brevemente la mano del almirante -. Gracias a Dios pudimos escapar a tiempo en nuestra fala. Pap ha ido a llevar la familia a Madrid, pero regresar en seguida.

-Vaya, me alegro! Me acord de ustedes cuando supe que San Francisco haba quedado completamente anegado. No es usted la seorita Medina? -pregunt el almirante volvindose hacia la muchacha.

Sofa asinti ruborizndose de satisfaccin porque el almirante no hubiera olvidado su nombre ni su rostro.

Hidalgo volvi a encararse con Miguel ngel y delante de todos los que estaban en el pasillo, escuchando atentamente, dijo:

-Le han dicho que ha sido promovido usted al grado de contralmirante?

Miguel ngel enrojeci.

-No, seor. No lo saba -murmur.

-Ha sido por lo de Obern, claro est. Aunque ste no parece el momento ms apropiado para felicitaciones le doy a usted mi ms cordial enhorabuena.

-Gracias, seor -dijo Miguel ngel correspondiendo al nuevo apretn de manos del almirante.

Hidalgo salud con un movimiento de cabeza a Sofa y dio unos pasos para reunirse con el almirante y el vicealmirante que se haban detenido un poco ms all. Pero de pronto se detuvo, dio media vuelta y volvi atrs.

-Miguel ngel -dijo -. Mi ayudante Keiper ha sido una de las vctimas del terremoto Quiere usted sustituirle?

-Me invita a ser su ayudante, seor? -exclam el joven tan sorprendido como admirado -. Oh, acepto con mucho gusto, Almirante! Ser un honor para m servir bajo sus rdenes.

Hidalgo mir por encima del hombro a Sofa Medina, que les contemplaba muy seria y como contrariada.

-La chica es su novia? -pregunt en voz baja.

Miguel ngel asinti ponindose colorado.

-Puede traerla consigo -dijo Hidalgo -. Extraoficialmente ser como un subayudante. Va a sobrar trabajo para todos ahora. Les espero en mi despacho.

Y volviendo a reunirse con sus acompaantes, Hidalgo se alej entre un murmullo de comentarios. En un instante Miguel ngel se vio rodeado de un grupo de oficiales que le estrechaban las manos y le daban amistosas palmaditas en la espalda.

Probablemente haba en aquellas muestras de efusin ms envidia que otra cosa. Un oficial exclam:

-Vaya, contralmirante Aznar! La suerte no es para quien la busca sino para quien la encuentra. Tambin la seorita Medina estuvo en Urano y en Obern con usted No la ascienden a ella?

-Ella no es hija del Almirante Mayor Honorario -apunt una voz sarcstica.

Sintindose molesto, Miguel ngel contest con un seco "gracias" abrindose paso hacia donde haba quedado Sofa. Naturalmente, no falt quien interpretara esta frialdad como orgullo, por lo que alguien exclam: -Djenle paso hay que conservar las distancias.

-Ven conmigo, Sofa -murmur Miguel ngel tomando a la muchacha de un brazo y arrastrndola consigo.

Sofa se dej llevar, pero al estar lejos del grupo de chismosos se detuvo y desasindose bruscamente murmur:

-Qu quieres? Nuestros caminos se separan aqu. T has ascendido sin dificultad el peldao ms difcil del escalafn. De aqu a Almirante no te falta ms que el escaln de Vicealmirante.

-Sofa! Tambin t? -exclam el joven con amargura.

-Oh, no es que sienta envidia, si es eso lo que quieres decir!

-Pues, qu es entonces?

Miguel ngel la mir entonces severamente. Ella enrojeci, suspir y dijo:

-Est bien; siento envidia, s. Los dos ramos capitn de fragata cuando empez el jaleo de los Hombres de Titanio. Juntos tomamos parte en la incursin de Urano y juntos ascendimos a capitn de navo. Tambin hemos tomado parte los dos en la accin de Obern pero slo t asciendes ahora! Yo me pregunto corr en algn momento peligros inferiores a los que t corriste?

-Yo fui el jefe del comando en las dos ocasiones. Fue ma toda la responsabilidad, mas las preocupaciones, las dudas y las decisiones que hubo que tomar. No niego que el riesgo era igual para todos los que participamos en la aventura, pero qu quieres? Esa es la costumbre. Mil hombres se lanzan a una empresa temeraria y salen bien de ella. El Mando menciona a los soldados, pero slo premia al jefe. Tengo yo la culpa que me hayan ascendido? Quieres que proteste por el ascenso?

-No, claro que no -murmur ella sin levantar los ojos.

-Pues, por qu te enojas conmigo? Mira, quiz no ests t tan lejos de remontar tambin este penoso escaln. Hidalgo acaba de nombrarte

subayudante. No es un cargo oficial, pero algo indica que los jefes se fijen en uno. Apuesto a que no tardas seis meses en ponerte el primer lucero en las charreteras.

Sofa sonri dbilmente.

-Bueno qu se va a hacer? -murmur levantando los hombros -. Esperaremos.

Miguel ngel le apret cariosamente el brazo.

-Vamos entremos en el despacho del Almirante. Temo que vayamos a tener que sudar el ascenso.

Y entraron. El almirante Hidalgo, que estaba atendiendo una llamada telefnica les hizo seas para que se acercaran a la mesa.

-Est bien -dijo por telfono -. Si esa es la causa buscaremos un remedio para ella. -Colg bruscamente el aparato y dijo -: Ya tiene usted una tarea, Miguel ngel. La erupcin solar, que ya dificulta bastante las comunicaciones a corta distancia, las hace completamente imposibles fuera de la atmsfera terrestre. Hemos quedado incomunicados con el resto del sistema solar.

-Eso es grave -murmur Miguel ngel -. Si el enemigo atacara ahora no habr manera de ordenar los movimientos de nuestra Flota.

-Esperemos que ellos cuenten con las mismas dificultades que nosotros. Sin embargo hay que arreglar en seguida esa deficiencia estableciendo un cordn de buques para que retransmitan los mensajes por el sistema telegrfico luminoso. Le encargo a usted de esa tarea. Necesitamos saber qu ocurre en Venus y Marte. Y no le doy ms de cuatro das de tiempo para tener enlazadas las bases de la Armada en los satlites de Jpiter y Saturno. Detrs de esa puerta hay un despacho Suyo es!

Miguel ngel esboz una plida sonrisa, mir al Almirante Hidalgo y se encamin hacia la puerta que ste le indicaba.

-Vaya usted con l, Capitn Medina -dijo Hidalgo a la indecisa muchacha.

Miguel ngel y Sofa entraron en el despacho contiguo. El joven contempl con ojos chispeantes aquel que iba a ser su campo de operaciones.

Sobre la mesa de acero haba una batera de telfonos y una fila de seis televisores detrs del silln giratorio. En una percha se vea una gorra galonada de contralmirante que perteneca sin duda al antecesor de Miguel ngel.

-Bueno. Manos a la obra.

El joven tom asiento en la silla giratoria y puls el botn del primer televisor.

En la pantalla apareci en colores naturales la imagen de una muchacha que pregunt:

-Diga, seor?

-Pngame con el Almirante Jefe de la primera Flota.

La muchacha de la pantalla contempl a Miguel ngel con el ceo fruncido y acab preguntando:

-Oiga y usted quin es? Qu hace sentado en la silla del contralmirante Keiper?

Miguel ngel se volvi para mirar a Sofa. Esta fue a la percha tom la gorra que haba pertenecido a Keiper y se la lanz rodando por el aire. Miguel ngel la captur al vuelo, se la encasquet hasta los ojos y dijo a la chica de la pantalla:

-Me ha odo usted?

-Oh, desde luego seor seor!

-Miguel ngel Aznar, ese es mi nombre. Contralmirante Miguel ngel Aznar.

-A la orden, contralmirante -balbuce la muchacha abriendo desmesuradamente los ojos -. Dijo con el Almirante Morgan? En seguida le pongo.

Y todo fue como una seda en adelante.

Miguel ngel habl con Morgan, al que se dio a conocer recabando su ayuda para que le cediera los aparatos necesarios para establecer un cordn de ellos desde la Tierra a Marte y la Tierra a Venus. Morgan llam a dos de sus ms jvenes contraalmirantes para que se pusieran a las rdenes de Miguel ngel. Miguel ngel convers con estos contraalmirantes disponiendo la salida de las dos flotas.

Durante su viaje a Marte y a Venus, aquellas flotas iran dejando atrs un cordn de buques separados entre s por una distancia de diez millones de kilmetros. Todos los buques estaban equipados con un dispositivo de recepcin y retransmisin ocular. Este aparato consista de un ojo electrnico muy sensible, el cual recoga el leve pestaeo de luz de un proyector lser que se encontraba a menos de veinte millones de kilmetros de distancia. Al mismo tiempo que reciba las seales luminosas, el aparato las reproduca automticamente en un potente reflector de rayos lser.

As, de un buque a otro, el mensaje telegrfico poda recorrer enormes distancias casi a la misma velocidad que las ondas de radio. El nico inconveniente de este sistema era que se necesitaban muchos aparatos para formar la cadena. Pero la Armada Terrcola tena muchos cruceros - ms de tres millones - pudiendo permitirse distraer unos cuantos millares en este servicio indispensable.

Cuando al cabo de tres horas fue a comunicar a Hidalgo que todo estaba en marcha, Miguel ngel se encontr a su padre que acababa de regresar de Madrid despus de dejar all a toda la familia.

-Hola, contralmirante! -salud el seor Aznar.

Y aunque su tono era festivo, en sus ojos brillaba toda la orgullosa satisfaccin que le produca el ascenso de su hijo.

-Llega usted a tiempo, Miguel ngel -dijo Hidalgo -. Vamos a reunirnos con el Presidente y algunos cientficos en el Palacio Residencial. Que la seorita Medina suba a la azotea a preparar la fala.

Pocos minutos despus los Aznar y el almirante Hidalgo suban a la azotea del edificio, donde Sofa les esperaba ya ante los mandos de una lujosa fala area. La aeronave se elev y vol sobre las cpulas de los rascacielos para ir a posarse en la aeroterraza del Palacio Residencial.

Miguel ngel fue presentado al Presidente del Estado Tierra el cual le estrech la mano efusivamente e invit a los recin llegados a pasar a su gabinete de trabajo.

En un despacho amueblado segn el sobrio gusto y la confortable comodidad de la poca, haba reunido un grupo de ministros y cientficos. Entre estos ltimos se encontraban el profesor Arsenio Valera y el profesor Castillo, padre de la infortunada Polonia Castillo que perdi la vida durante la accin de Obern.

Miguel ngel fue a estrechar la mano del ilustre bioqumico.

-Hola, Miguelito -murmur el profesor Castillo -. Cmo ests?

-Perfectamente, Profesor, gracias -contest el joven.

Y aadi con embarazo -: Hubiera querido ir a visitarle inmediatamente despus de llegar de Jpiter, pero tem

Castillo le acall con un fatalista movimiento de manos.

-S, si comprendo. Hiciste bien. No he querido ver a nadie desde que supe Bueno! Tena que ocurrir una catstrofe universa! para que me diera una fuerte sacudida.

Y es precisamente lo que ha ocurrido.

Los dos hombres no pudieron seguir conversando porque el seor Presidente acababa de tomar asiento a su mesa. Se hizo un denso silencio, anuncio de las importantes y dramticas decisiones que all iban a tomarse.

Miguel ngel fue a situarse de pie tras el silln del almirante Hidalgo.

-Naturalmente -empez diciendo el Presidente -. Todos ustedes conocen ya las causas que me han inducido a reunirles aqu. La iniquidad ha sido consumada. Si mis informes no son falsos somos ahora unos extraos en nuestro propio sistema solar No es eso, profesor Valera?

-Lo es, sin duda -contest el astrnomo -. La masa de helio que ahora arde en el sol ha convertido a ste en el peor y ms inclemente de nuestros enemigos.

-No existe posibilidad alguna de repetir el experimento de los sadritas al revs, devolviendo al sol la naturaleza que tena antes? -pregunt el ministro de produccin.

-Desde luego que no. Eso se da por descontado -contest Valera.

Pero el ministro insisti:

-Sin embargo debiera ser posible. Lo que unos pulpos han hecho

tambin podemos hacerlo nosotros. Cmo se las arreglaron ellos para provocar esa dichosa transmutacin?

-Arrojaron contra el sol una masa compacta de helio de aproximadamente el tamao de Neptuno.

-Pero no era Neptuno?

-Oh, claro que no! -exclam Valera -. Segn mi personal opinin las cosas debieron ocurrir aproximadamente as: Los sadritas cogieron uno de sus ms grandes autoplanetas, lo vaciaron y lo llenaron de helio a presin. Despus de esto debieron llevarlo muy lejos, mucho ms all de las fronteras del Reino Solar. All se detuvieron y encaminaron al autoplaneta en direccin al sol. Segn la frmula einsteniana, la energa crea masa y un cuerpo que rebase la velocidad de la luz se har inmensamente grande. Pues bien; el autoplaneta, acelerando segundo tras segundo en direccin al sol, fue aumentando su velocidad hasta alcanzar los trescientos mil kilmetros por segundo, que es la velocidad de la luz. En un instante el autoplaneta se hinch monstruosamente y, naturalmente, tambin los tomos de helio y de dedona. El autoplaneta pas por las proximidades de la Tierra y se precipit sobre el globo incandescente del sol, en donde hizo explosin y empezaron a arder los tomos de helio.

-Nada ms que eso? -pregunt el ministro de economa. Y aadi -: La cosa no parece tan complicada, al fin y al cabo.

-Lo cual no hace para que sea de una complicacin enorme -contest Valera irnicamente -. Einstein demostr matemticamente que la velocidad tiene Influencia sobre el tiempo y el espacio, y asimismo la tiene sobre la masa y la inercia. Matemticamente, ningn cuerpo puede tener nunca velocidad superior a la luz. Y en la prctica hemos comprobado que ese "freno absoluto, acta tambin sobre nuestras astronaves en sentido progresivamente creciente a medida que aumenta la velocidad. El movimiento de las mquinas, la actividad de la vida e incluso la del mismo pensamiento sufre un retraso que se va acentuando al crecer la velocidad. A la velocidad de la luz las mquinas dejaran de funcionar y el hombre morira. Pero lo motores nunca se detienen por completo, ni mueren los astronautas, porque existe un punto de equilibrio entre la actividad de las mquinas y el "freno" absoluto, ms all del cual es imposible pasar. Porque en la misma fraccin de segundo que los motores de la astronave dejan de funcionar, la mquina pierde velocidad volviendo al punto en que los motores se ponen a funcionar de nuevo. Esto ocurre quiz un milln de veces en un segundo y en este punto de perfecto equilibrio est la que llamamos "barrera de la luz". Cmo han podido transponer esa barrera los Hombres de Titanio es algo que nosotros no podemos comprender. Es algo que siempre se ha considerado imposible de realizar,

-Pero si pudiramos hacerlo devolveramos al sol las caractersticas de

antes de encajar este proyectil de helio? -pregunt el ministro.

A lo que Valera contest:

-No creo que merezca la pena pensar en ello. No conocemos ningn reactivo capaz de anular los efectos del helio.

-As, pues, debemos aceptar la transmutacin como un hecho de consecuencias irremediables?

-S, creo que es lo nico que nos queda por hacer -dijo el astrnomo. Y un largo silencio sigui a tan terrible sentencia.

-Naturalmente -dijo el presidente -. Se comprobar el veredicto del profesor Valera en sucesivas investigaciones. Pero ponindonos en el peor de los casos, suponiendo que fuera imposible restituir el sol a su primitivo estado, profesor Castillo qu probabilidades nos quedan de poder seguir habitando estos planetas?

-Ninguna -contest el eminente bilogo sin vacilar -. Nuestra naturaleza de carbono no puede prosperar bajo los rayos de un sol de helio.

-As, pues se impone la evacuacin? -pregunt el presidente.

-No veo otra salida.

Una nueva pausa, ms honda y angustiosa que la anterior, subray las palabras del profesor Castillo. Se haba hablado y escrito tanto acerca de las consecuencias de una posible transmutacin solar, especialmente durante los tres ltimos meses que me pareca intil seguir discutiendo aquel tema.

-Evacuar! -exclam una ministro -. Y a dnde?

-Slo hay un sitio donde podemos ir, seguros de ser recibidos; a Redencin -contest el presidente y aadi -: Tambin podramos acudir a los nahumitas en demanda de asilo y ocupar los planetas que antao pertenecieron a la Bestia Gris. Pero el sitio a donde ir no es lo ms importante por el momento. Hay tiempo para discutirlo antes de emprender el viaje

El presidente se interrumpi para mirar uno por uno a los rostros de los hombres y las mujeres que le contemplaban expectantes. Luego suspir, hizo un vago ademn y dijo:

-Bien; s lo que algunos de ustedes estn pensando. Pueden hablar.

El almirante Hidalgo se inclin hacia adelante y solt a bocajarro:

-Vamos a marcharnos sin disputar el dominio de estos mundos a la Humanidad de Titanio?

El presidente sonri y casi con amargura exclam: -Saba que me preguntaran ustedes eso.

-En tal caso -dijo el seor Aznar - tendr usted preparada la respuesta.

El presidente parpade un poco molesto, segn las trazas y contest:

-Como presidente de este planeta, mi posicin slo puede ser una y bien definida. Mi deber, consiste en velar por la seguridad, el bienestar y la prosperidad del pueblo que represento. En

circunstancias normales, o sea antes que el enemigo procediera a la transmutacin del sol, mi gobierno y yo no hubiramos dudado un instante en empearlo todo en una guerra que pudiera evitarnos el dolor y los peligros de una penosa evacuacin. Nuestra mala suerte nos coloca ahora frente a un hecho consumado. La transmutacin se ha llevado a cabo y no podemos evitar el tener que evacuar nuestros mundos. Ahora bien; si ya no existe razn por la cual luchar con los sadritas para qu vamos a arriesgarlo todo en una guerra que no puede remediar nada?

El seor Aznar, se puso en pie. Su rostro estaba rojo como la grana y sus oscuras pupilas llameaban:

-Seor Presidente! La vergenza y el oprobio caern sobre la memoria de los hombres que, encubriendo su cobarda en falsos escrpulos de conciencia, rehuyeron un deber y no atajaron un mal cuando ste tena remedio. La solucin de abandonar estos mundos a los Hombres de Titanio es, no cabe duda, la ms cmoda de cuantas podemos tomar. Pero usted, yo y los que estamos aqu, sabemos tambin el precio que algn da habrn de pagar nuestros descendientes por nuestra debilidad de un instante. Sabemos que si hoy nos marchamos de aqu sin disputar el dominio de estos mundos a los sadritas llegar un da en que los sadritas vendrn a disputarnos el dominio de los planetas redentores, nahumitas o cualesquiera de aquellos donde al fin vayamos a refugiarnos. Por lo tanto, es completamente equivocada su creencia de que una guerra, ahora, es intil por cuanto no puede remediar nada. La Humanidad del presente puede escoger entre luchar hoy, aqu, o huir legando a sus descendientes la necesidad de luchar maana. La guerra no se evitar. Slo quedar aplazada.

El Almirante Mayor Honorario de la Armada mir en torno a las mujeres y los hombres que le observaban. Detrs del silln del Almirante Hidalgo, Miguel ngel Aznar tuvo que hacer un violento esfuerzo para contener el grito de "bravo" que le cosquilleaba en la garganta.

Un poco sentimental, los ojos se le llenaron de lgrimas de orgullo. Se consider el hijo ms afortunado del mundo por tener un padre como aqul. Y quiz por esto mismo sinti profunda y repentina antipata hacia el Presidente cuando, sonriendo con irona, exclam:

-Mi querido Almirante! Cada da trae su afn, y a nosotros no nos toca ms obligacin, que resolver los nuestros. Las generaciones del futuro, si es que tienen problemas con los sadritas, los resolvern como nosotros resolvimos los nuestros con la Bestia Gris, como nuestros abuelos arreglaron sus diferencias con los nahumitas, y los abuelos de nuestros abuelos resolvieron su disputa con la Humanidad de Sicilio. No hay razones para temer que en el futuro ms o menos prximo consigan los sadritas expulsarnos de todos los puntos del Universo donde prospera nuestra raza. Si los sadritas se hacen fuertes aqu,

nosotros evolucionaremos tambin y las generaciones que nos sucedan contarn con sus medios adecuados para dar la rplica a sus enemigos.

-Esa -contest el seor Aznar - es una forma de excusarse de un deber de conciencia.

-Mi deber consiste en guiar al pueblo por el camino de la prudencia. Un Presidente no puede dejarse arrebatar por la clera ni precipitar a la nacin en una guerra, solamente para tomar revancha por un acto que ya no tiene remedio.

-No se trata de tomar revancha, aunque bien la deseamos. Se trata de considerar con toda frialdad y sin apasionamientos si tenemos derecho a legar a nuestros hijos un temor y una preocupacin constantes. Hoy somos por lo menos tan fuertes como los sadritas. Es posible que est en nuestra mano aniquilar para siempre esa raza y tenemos el ineludible deber de intentarlo. Ya hemos perdido lo que ms ambamos; estos mundos donde naci, vivi y se multiplic esta raza privilegiada de Dios. Qu ms podemos perder? Tres millones de cruceros siderales y un Ejrcito Robot demasiado numeroso para llevarlo con nosotros al exilio! Es un precio elevado para asegurar la tranquilidad y felicidad de las generaciones futuras?

El Almirante Mayor clav sus taladrantes pupilas en el rostro del Presidente, el cual se acariciaba pensativamente la barbilla.

-A ese respecto -murmur el hombre de Estado - sera muy interesante conocer la opinin de la Armada. Ella sera quien tendra que sacrificarse.

-La Armada se sacrificar si la nacin se lo pide -contest muy sereno el almirante Hidalgo.

-Desde luego, tendra que luchar completamente sola, cuando ya la nacin andar camino del exilio a bordo de los autoplanetas.

-As lo hemos entendido desde el primer instante.

El Presidente juguete con el lapicero. Luego murmur:

-Bien. Tratndose de no comprometer la seguridad de la nacin no me opondr a que la Armada intente aniquilar a los sadritas. La decisin, naturalmente, queda pendiente de la aprobacin de los gobiernos de Marte y Venus. Si ellos presentan una mocin en ese sentido, la Tierra la apoyar y la Armada obtendr carta blanca para actuar segn mejor le parezca Estn satisfechos?

El Almirante Mayor volvi dignamente a su silla.

La asamblea qued disuelta poco despus. El almirante Hidalgo, el seor Aznar y Miguel ngel volvieron a tomar el ascensor hasta la terraza, donde Sofa Medina esperaba con la fala.

-Estuvo usted muy bien en su discurso, Almirante -asegur Hidalgo mientras volaban de regreso al Cuartel General -. Y le digo todava ms. Si el Gobierno nos negara su autorizacin para combatir a los sadritas, la Armada luchara con o sin su consentimiento. Creo sinceramente

que ese es el deseo compartido por todos los hombres y mujeres que sirven en nuestros buques. Si no fuera as, hoy mismo dimitira mi cargo en unas Fuerzas Siderales en donde habr dejado de existir el valor y la vergenza.

.

CAPITULO IV.

.

El servicio telegrfico entre la Tierra y Venus empez a funcionar a las 96 horas de haberse producido la catastrfica transmutacin solar.

Venus, que no haba sufrido alteraciones en su movimiento de rotacin, que no tuvo terremotos ni inundaciones, atravesaba no obstante por una apurada situacin. La radiacin solar era mucho ms intensa en Venus que en la Tierra por encontrase 60 millones de kilmetros ms prximo al sol. Y en estos momentos con el sbito aumento de la actividad solar, el clima tropical de Venus habase convertido en algo ms trrido.

De los lagos, ros, mares y ocanos venusinos, se levantaban densas nubes de vapor que formaban una niebla espessima y haca irrespirable la atmsfera.

Los venusinos, hacinados en los refugios subterrneos, se encontraban relativamente seguros, en tanto esperaban la decisin del gobierno.

El gobierno venusino, despus de consultar a los sabios ms eminentes de la nacin, haba llegado a las mismas conclusiones que el gobierno terrcola. As, cuando el Presidente terrcola invit a su colega venusino a celebrar una reunin con el Presidente marciano, el jefe del gobierno del Estado Venus, acept inmediatamente.

Se convino en que la reunin tendra lugar en un punto del espacio equidistante de los tres planetas confederados, a bordo de un autoplaneta de la Flota Terrcola, y que a ella asistiran adems del gobierno de los tres planetas, los Estados Mayores de las Fuerzas Armadas de los tres pases.

Diez horas ms tarde, Marte quedaba tambin enlazado con la Tierra por una cadena de buques.

En Marte, la transmutacin solar haba obligado a sus habitantes a buscar proteccin en los refugios antiatmicos. La temperatura media del planeta se haba elevado considerablemente, pero esto, teniendo en cuenta que Marte era un mundo bastante fro, no representaba para los marcianos motivo de preocupacin, como ocurra a los achicharrados venusinos.

El Presidente del Estado Marte, enterado de la reunin que iban a celebrar sus colegas de la Tierra y Venus, contest a la invitacin

asegurando que se pona en camino inmediatamente.

El gobierno terrcola y el Estado Mayor Combinado volaron con su numeroso squito hasta la Base de autoplanetas, la cual estaba situada en los Grandes Lagos; Superior, Michigan, Hurn, Ontario y Erie quienes por constituir prcticamente mares interiores se presentaban idealmente para servir de estuario a los gigantescos discos voladores conocidos por el nombre de "autoplanetas".

Los autoplanetas, por lo comn, se pasaban aos y aun siglos sin moverse de su ancladero. Eran las mquinas ms costosas del mundo, a la vez que ms grandes y perfectas en todos los rdenes.

Un autoplaneta no era una astronave corriente; no era un aparato para ser utilizado en los viajes interplanetarios cortos entre los planetas que giraban alrededor del sol, y se les consideraba demasiado valiosos para exponerlos en apoyo de la Armada. Los autoplanetas haban sido construidos y equipados para las travesas largas del espacio; viajes siderales en los que se invertan hasta ahora "dos mil aos luz".

La nacin, siempre que encontraba un espacio entre sus mltiples actividades, construa uno o dos de esos gigantescos autoplanetas, y el mundo se senta un poco ms orgulloso de sus propios adelantos y otro poco ms tranquilo respecto a su porvenir.

Porque los autoplanetas, llegado un momento de apuro, podan servir y de hecho serviran para evacuar a la Humanidad Terrcola - entendindose tambin por terrcolas los habitantes de Venus y Marte.

Lo malo que ocurra con los autoplanetas, era que no se construan tan aprisa como aumentaba la poblacin del mundo.

Como ayudantes del Almirante en Jefe de la Armada Terrcola, Miguel ngel Aznar y Sofa Medina se embarcaron tambin con el Estado Mayor Combinado en un crucero sideral que les llev volando a travs de la noche hasta una isla de unos doce kilmetros de longitud, cuyas costas acantiladas s levantaban cortadas a pico a dos mil metros de altura sobre las oscuras aguas del lago Erie.

Lo que pareca una isla, no era otra cosa que el autoplaneta a bordo del cual iban a reunirse los gobiernos de la Confederacin de Planetas Terrcolas. El nombre del buque, "MACN", apareca y desapareca formado por gigantescas letras luminosas en el frreo costado que se alzaba hasta las nubes.

El crucero sideral vol sobre esta "isla" y fue a posarse en la cubierta de vuelos. Esta "cubierta" tena 113 kilmetros cuadrados y habra bastado para echar sobre ella los cimientos de una gran metrpoli. Dada la altura a que se encontraba la cubierta sobre el nivel del lago, soplaba un viento fuerte y fro en aquel lugar. Una caravana de automviles se detuvo junto al buque para tomar a los parlamentarios y conducirlos al interior del "disco" por una larga rampa que quedaba

interrumpida por una slida compuerta.

Al transponer la compuerta, los ojos de los pasajeros contemplaron el fantstico espectculo que ofreca la ciudad -concha bajo la potente luz de los focos suspendidos del techo.

La ciudad, desierta y silenciosa, lanz al rostro de los visitantes un sutil olor a acero fro, a cosa nueva, limpia y deshabitada. Era un olor especial, como slo poda percibirse a bordo de un autoplaneta vaco; en la ciudad encerrada en el interior del formidable disco hueco. Una ciudad de ms de treinta y cinco kilmetros de permetro. Una ciudad completa, con sus avenidas enormemente anchas y escrupulosamente rectas, sus plazas, sus monumentos, sus fuentes pblicas, sus estaciones de "metro", su lago-piscina, sus estadios y todo cuanto pudiera exigirse a una ciudad moderna y magnficamente acondicionada. Una ciudad con tierra, rboles y plantas, excepto habitantes.

Todo cuanto vean los ojos estaba hecho de acero, de aluminio, de cristal o de materiales plsticos. Nada combustible.

Era una ciudad magnfica, y que sin embargo, contristaba el nimo. Quiz fuera debido a su silencio, su soledad y sus mismas aplastantes proporciones.

Quiz lo sintiera as Miguel ngel al pensar que en esta ciudad, y en otros varios miles de ciudades idnticas a sta, estaba condenado a vivir el terrcola durante muchos aos; condenado a no ver un cielo azul surcado de nubes, a no ver la majestuosa inmensidad de un ocano, ni el verdor de los campos, los bosques y las praderas.

Condenado a no sentir la caricia de la brisa, a no or el batir de las olas, ni el murmullo del viento al pasar entre los rboles

Un autoplaneta era como una crcel. Las personas que vivan all tenan los mismos medios de distraccin que los habitantes de las grandes ciudades enclavadas en el suelo firme de un planeta.

Pero no era lo mismo. Al habitante de las grandes ciudades terrestres le bastaba saber que poda salir de ellas aunque pasara aos sin realizar una jira campestre o una excursin al mar.

Para el tripulante de un autoplaneta lo terrible era saber que no poda pasar ms all de las frreas paredes que limitaban el contorno de la ciudad, ni tender la mirada ms lejos del techo metlico que era su cielo.

Adems; el hombre moderno haba vuelto a buscar el ntimo contacto con la Naturaleza en que vivieron sus remotos primeros padres. En sus Ciudades actuales todava quedaban ncleos donde la gente habitaba en aquellas colmenas abominables llamadas "rascacielos". Pero la mayora de la humanidad viva en casas pequeas, en pleno campo, formando extensas colonias que ocupaban millares de kilmetros cuadrados y reciban el nombre de ciudad.

Este hombre era el condenado a vivir durante medio siglo entre las frreas paredes, los frreos pisos y el frreo techo de aquel inmenso atad

llamado "autoplaneta". No a vivir en el relativo desahogo de los inquilinos de un rascacielos, si no peor an. Los autoplanetas de que se dispona eran insuficientes para acomodar con holgura a los millones de almas de la Confederacin Terrcola.

Como dijo el seor Aznar, que formaba parte de la comisin terrcola; "los desdichados hijos de la Tierra iban a tener que sentarse los unos sobre los otros".

El autoplaneta "MACN" cerr sus compuertas. Luego abandon las aguas del lago y se remont lenta y majestuosamente en el espacio.

La comisin terrestre se aloj a sus anchas en el inmenso edificio donde estaba emplazado el ayuntamiento de la ciudad.

Acompaaba al autoplaneta "MACN" una flota de cruceros siderales que tenan la doble misin de escoltar al "disco" e ir dejando atrs, a distancias regulares una cadena de buques mediante los cuales se mantendra un contacto telegrfico continuo con la Tierra. Las comunicaciones directas por radio entre los planetas seguan paralizadas a causa de la violenta erupcin solar.

Se segua sin tener noticias de las Bases Siderales de Jpiter y Saturno, donde una parte considerable de la Armada haba quedado incomunicada del resto del sistema planetario. Se tema que los sadritas, aprovechndose de la interrupcin de las comunicaciones, se hubieran lanzado contra las flotas terrcolas destacadas en los satlites de Saturno y Jpiter.

Sin saber lo que ocurra en aquellas lejanas bases, el "MACN" surc el espacio y alcanz el punto de reunin a la hora prevista. All se detuvo, esperando a las comisiones de Marte y Venus. Los venusinos todava tardaron una hora en llegar y poco despus era avistada la flota que escoltaba al Presidente marciano.

Lo ms notable de la delegacin marciana, era que, siendo el Presidente una mujer, la mayor parte de los miembros de su gobierno e incluso muchos de los altos jefes del Ejrcito y la Armada de Marte, eran tambin mujeres.

Y no era menos notable la prodigiosa estatura de los marcianos ya que, aunque de origen terrestre, la raza se haba agigantado en el transcurso de varias generaciones nacidas en el pequeo planeta.

Lo primero que hicieron las tres delegaciones fue reunirse en un almuerzo de confraternidad. Luego, las delegaciones se trasladaron en grupo al saln de sesiones del Ayuntamiento de Macn, donde dio comienzo la asamblea.

Primero hablaron los astrnomos, astrofsicos, bioqumicos y dems cientficos, los cuales resumieron lo ocurrido y bosquejaron con los ms sombros colores el porvenir que aguardaba a la naturaleza terrcola, bajo los ardores de un sol de helio.

Segn los sabios, la alternativa era evacuar o morir.

Los presidentes decidieron por unanimidad la evacuacin inmediata de los planetas.

El segundo tema a tratar; el punto donde ir, era lo ms difcil de decidir. Los planetas "redentores", donde una importante rama nacida del tronco terrcola haba fundado un rico y floreciente imperio, pareca a primera vista el lugar ms indicado; aquel donde la nacin terrcola encontrara una Humanidad vinculada a la suya por la sangre, la cultura y la lengua.

-Pero los planetas "redentores" estaban ya superpoblados cuando lleg a la Tierra el ltimo de sus correos -apunt la seora Presidente del Estado Marte -. Como la noticia tard dos mil aos en llegar a nosotros, y nosotros invertiremos otros dos mil aos en el viaje hasta Redencin, los redentores habrn tenido ms de cuatro mil aos para doblar y hasta triplicar su poblacin desde la ltima vez que nos mandaron sus saludos.

El Presidente del Estado Tierra sonri.

-Yo no creo en la "superpoblacin" -asegur -. No puedo imaginarme al gigantesco Redencin cubierto interior y exteriormente por una sola ciudad de rascacielos, ni a los redentores pululando como hormigas y viviendo en tiendas de campaa incluso en medio de las calles de esa inmensa ciudad. Lo que ocurre es que tanto los redentores como nosotros, nos hemos acostumbrado a vivir en casas familiares de una sola planta, rodeados de una parcela de terreno que hemos dado en considerar "vital". No creo, en fin que los redentores tuvieran que imponerse un duro sacrificio para dar cabida en sus gigantescos planetas a los cincuenta mil millones de terrcolas que llegramos all en demanda de asilo.

-Eso sin contar -aadi el Presidente del Estado Venus - que nosotros llegaremos all con nuestros autoplanetas. En el peor de los casos seguiramos habitando en nuestras ciudades "concha"; bien hacindolas flotar como islas sobre los ocanos de Solima o suspendindolas en el espacio a modo de ciudades areas.

La Presidente marciana se encogi de hombros e hizo una mueca, como vencida por sus dudas y temores. Pero don Miguel ngel Aznar salt en pie y dijo:

-Seoras y caballeros. No estamos enfocando este asunto desde un punto de vista completamente equivocado? Lo que la nacin terrcola necesita es una nueva patria donde podamos crecer y multiplicarnos sin ahogo ni limitacin de espacio, hacer las cosas a nuestra manera y reanudar nuestra existencia segn las leyes y costumbres tradicionales. Por qu ir a Redencin? A la misma distancia, no tenemos los planetas thorbod completamente deshabitados?

-Los planetas thorbod! -exclam el Presidente venusino -. Usted estuvo en ellos. Cmo son?

-No existe diferencia apreciable entre los planetas thorbod y los

terrcolas. Como aqu, aquellos mundos tienen sus atmsferas, sus ocanos y sus continentes donde prosperan plantas de carbono semejantes a las nuestras. Hay por lo menos cinco globos de proporciones, presiones, densidades y temperaturas anlogas a las de la Tierra. l sol que alumbra y calienta aquellos mundos tiene la misma edad y composicin que nuestro sol. Nada se opone a que tomemos posesin de ellos y eso es lo que debemos hacer.

-Pero aquellos mundos estn realmente deshabitados? La Bestia viva todava all cuando usted los visit.

-En efecto -contest el seor Aznar -. La Bestia trabajaba afanosamente en un intento desesperado por rehacer su antiguo podero. Pero dudo que lo consiguiera. Cuando dej Nahum las repblicas nahumitas se preparaban para marchar con todas sus fuerzas contra los thorbod. Adems; nosotros mandamos all el autoplaneta "Valera" hace cincuenta aos para que comprobara si la Bestia haba dejado de existir y la rematara en caso contrario. "Valera", probablemente, habr vencido a los thorbod y dejado en aquellos planetas una colonia terrcola. Si nosotros nos dirigiramos ahora a los planetas thorbod llegaramos cincuenta aos despus que "Valera", justo a tiempo de tomar parte de la colonizacin que ya habrn emprendido los valeranos.

El Presidente venusino mir a sus colegas terrcolas y marciano.

-Verdaderamente -dijo - las perspectivas son inmensamente ms amplias dirigindonos a los planetas thorbod que a Redencin.

A lo que el Presidente de la Tierra contest:

-Tambin los riesgos son mayores. Figrense que llegramos all y nos encontrramos que la Bestia dominaba sobre sus planetas y los planetas nahumitas. Qu haramos?

-Si la Bestia hubiera logrado rehacer su Imperio nosotros lo volveremos a aplastar con el arma que tenemos ahora. Los thorbod, estoy seguro, no conocen todava los rayos perforantes de "luz slida" -dijo don Miguel ngel Aznar.

El presidente dio inequvocas muestras de impaciencia golpeando su carpeta con un lapicero.

-Seor Aznar -dijo -. Un pueblo lanzado en forzado xodo no es una expedicin de guerra. No podemos arriesgar cincuenta mil millones de almas en los azares de una guerra. Adems; el pueblo no lo desea. Lo que el pueblo quiere es una seguridad de que tras cuarenta aos de viajar por el espacio encontrar unos mundos donde habitar entre amigos.

-El pueblo es egosta por naturaleza, lo s -contest el Almirante Mayor con amargura -. Si le damos a escoger se decidir por lo ms cmodo. Y lo ms cmodo y seguro es ir a Redencin Quiz lo que debiera hacerse en este caso es no darle opcin a escoger. La masa es ciega, no

ve ms all del presente. Pero los hombres y las mujeres que estamos aqu, con mirada clarividente e instinto ms certero, sabemos qu conviene ms al pueblo.

Un profundo silencio sigui a las audaces palabras del Almirante Mayor Honorario.

-Imponer al pueblo un punto de destino distinto al que desea tomar? -exclam el Presidente terrcola entre sorprendido e indignado. Y dando una fuerte palmada sobre la carpeta grit: - Nunca! Qu se ha credo usted, seor Aznar? Ya estn muy lejos los tiempos en que usted mandaba a su capricho sobre estos planetas. Aquello no puede repetirse, y no se repetir! La nacin ir donde le plazca y nosotros iremos con ella porque somos sus representantes y porque jams traicionaremos la confianza que depositaron en nosotros. Se ha enterado?

-Perfectamente -contest el Almirante Mayor sin perder la calma, y volvi a su asiento.

El Presidente terrcola lanz una mirada furiosa. Luego se volvi hacia sus colegas y dijo:

-Creo que ustedes estn conmigo respecto a este punto. No podemos obligar al pueblo a hacer lo que no le gusta.

-Desde luego -contest la seora Presidente marciana -la nacin tiene derecho a escoger su propio destino. Formaremos dos flotas; una para los que deseen ir a Redencin, y otra para aquellos que se sientan atrados hacia la aventura y opten por marchar en busca de los planetas thorbod.

-Cmo! -exclam el Presidente terrcola, abriendo los ojos de par en par -. Cree usted que habr un solo terrcola, que prefiera la incertidumbre de los planetas thorbod a la seguridad que ofrece Redencin?

-Conozco al menos a uno que lo preferir -contest la dama con marcada irona -. Yo.

Declaracin sta que origin un murmullo de risas sofocadas y dej completamente confuso al Presidente terrcola.

A travs de la mesa, los ojos de la primera dama marciana y el Almirante Aznar se encontraron. Fue como un intangible apretn de manos.

Un ministro marciano exclam:

-No ir usted sola, seora Presidente.

Y de diversos puntos del saln surgieron voces que gritaban:

-Cuente conmigo!

-Bueno, bueno! -dijo el Presidente terrcola -. No vamos a hacer ahora la inscripcin de todos los que desean participar en uno u otro bando. Naturalmente, as como no podemos obligar a todo el mundo que vaya a los planetas thorbod, tampoco podemos forzar a todos para

que sigan a la mayora hasta Redencin. La cosa tiene fcil arreglo. Se abrirn dos listas. El que quiera ir a los mundos thorbod, que vaya. Y el que prefiera ir a Redencin, que vaya tambin. Estamos de acuerdo?

La solucin era satisfactoria para todos. Se discutieron rpidamente los trmites para formar las dos flotas expedicionarias.

-Y ahora podremos hablar un poco de los sadritas -apunt la Presidente del Estado Marte -. Si nos marchamos dejndoles disfrutar de lo que nos han quitado, algn da no muy lejano vendrn a quitarnos tambin Redencin, Nahum y la galaxia Thorbod.

-Ciertamente -aprob el Presidente del Estado Venus -. Rehuirles ahora no hara sino aplazar un encuentro que es fatalmente inevitable. Mejor que les ataquemos ahora, antes de que se hagan ms fuertes.

Y los dos se volvieron a mirar al Presidente terrcola, el cual se encogi de hombros y dijo:

-Si Marte y Venus optan por la guerra, la Tierra se sumar a la decisin de la mayora.

-Marte opta por la guerra -dijo la Presidente alzando la mano.

-Venus opta por la guerra -dijo el venusino imitando el movimiento de su colega.

-La Tierra opta por la guerra condicionada -dijo el Presidente terrcola -. La lucha no debe comenzar antes que los planetas confederados hayan sido completamente evacuados. Se dar un plazo de tiempo hasta que las flotas de autoplanetas hayan tenido tiempo de alejarse. Luego, la Armada tendr carta blanca para actuar como mejor le parezca.

Los marcianos y los venusinos aceptaron las reservas del gobierno terrcola. Se convino que la Armada escoltara a la flota de autoplanetas hasta un punto del espacio lejano a las fronteras del Reino del Sol. Luego, la Armada regresara para atacar a Urano. Si la flota sideral sadrita era derrotada, el Ejrcito Autmata Terrcola desembarcara en Urano procediendo al sistemtico aniquilamiento de la humanidad de Titanio.

Despus, los buques de la Armada abandonaran el Reino Solar para seguir a los autoplanetas que ya estaran volando en direccin a Redencin y a Nahum.

Quedaba a gusto de los hombres de la Armada escoger el destino que tomaran cuando terminara la batalla.

-La "Operacin Exilio" empezara al transcurrir veinticuatro horas despus del acuerdo firmado por los presidentes de la Confederacin y estara completamente terminada en el plazo de noventa das.

* * *

.

La melancola, la desesperacin y la rabia eran los sentimientos predominantes entre los miembros de la delegacin que regresaba a la Tierra.

La situacin era la misma que al dirigirse al encuentro de las delegaciones marciana y venusina. Nada haba cambiado. Y sin embargo, los tripulantes del "MACN" sentanse ms descorazonados que antes, ms desconsolados, como defraudados del resultado de unas conversaciones en las que, sin haberlo confesado, todos esperaban surgiera alguna solucin tan imprevista como imposible.

La realidad, triste y amarga, era que no exista solucin alguna.

El terrcola tena que saltar de sus planetas, marcharse en busca de otros mundos donde poder continuar su azarosa existencia. Poda quiz vengar el asesinato del sol en la mezquina humanidad que lo haba cometido. Pero la venganza no reparara el mal.

Esto lo saban los terrcolas, y sin embargo, deseaban vengarse. Lo deseaban especialmente los hombres de la Armada Sideral, aquellos que una y otra vez haban defendido a la patria de las acechanzas, el rencor o la codicia de cuantos extranjeros intentaron conquistarla o destruirla.

Para estos hombres, la forma artera en que los sadritas se haban apuntado la victoria era de lo ms indignante, intolerable y despreciable. Algo as como una imperdonable falta de caballerosidad, un atentado contra las reglas de la moral, el honor y las leyes de la guerra que incluso la misma Bestia Gris haba respetado algunas veces.

Los sadritas haban verificado la transmutacin solar antes de saber si les sera permitido disfrutar del nuevo sol. Era como vengarse por anticipado de una posible derrota. Aunque los terrcolas echaran de sus planetas a los sadritas, no podran seguir habitando en los mundos asesinados por el inclemente sol de helio.

Esto era lo que sublevaba a los hombres de la Armada. Seran tan estpidos aquellos sadritas como para creer que con forzar a los terrcolas al abandono de sus planetas haban ganado una guerra sin entablar batallas?

-Esos tipos no nos conocen -solan decir los miembros de la Armada Sideral.

Y tenan razn.

Los sadritas no conocan a la humanidad terrcola, de la misma forma que los terrcolas lo ignoraban casi todo respecto aquellos extraos pulpos que se titulaban a s mismos "sadritas.

Las escasas relaciones existentes entre estas humanidades tan dispares entre s databan slo de medio ao atrs.

El primer contacto entre los terrcolas y los intrusos revisti el carcter de un acontecimiento dramtico. Al presentarse por primera vez a los sorprendidos ojos del terrcola, los sadritas iban tripulando unos

extraos aparatos en forma de herradura, los cuales surcaban el espacio a tremenda velocidad impulsados por un rayo de "luz slida".

Los "Omega", llamados as por un curioso parecido con esta letra del alfabeto griego, iban armados de un movible haz de estos mismos rayos de "luz slida", los cuales perforaban las corazas de "dedona" de cruceros terrcolas como si fueran papel.

Las consecuencias que se derivaron de este primer encuentro fueron tremendas y, a la larga, decisivas para los planetas que giraban alrededor del sol. La flota terrcola se retir a sus Bases de Jpiter despus de sufrir humillante derrota a manos de los pequeos "Omega" del enemigo, y el terror cundi en los mundos al tenerse noticia de la existencia de unos rayos que atravesaban las corazas de "dedona".

Hasta este momento, la tcnica guerrera de la Confederacin de Planetas Terrcolas se resuma en la frase: "Torpedo contra torpedo, coraza contra coraza". Lo cual vena a querer decir que, el torpedo era el arma esencialmente ofensiva, as como la coraza lo era en el aspecto defensivo.

Pero con el advenimiento de la "luz slida", trada por los intrusos, estas regias fundamentales fueron profunda y completamente transformadas. El rayo de "luz slida" destrua los torpedos terrcolas tan pronto como lo tocaba, Y la Confederacin haba estado acumulando fantsticas cantidades de aquellos torpedos en los ltimos siglos!

El mundo se vio inerme frente a esta arma terrible, contra la que no exista defensa conocida. Y aunque los sadritas enviaron sus parlamentarios y stos aseguraron que slo deseaban colonizar el planeta Urano para establecerse en l y mantener relaciones de buena amistad con la Confederacin, los terrcolas comprendieron que jams estaran en condiciones de discutir de igual a igual con los intrusos en tanto La Armada Sideral no poseyera tambin aquellos mortferos rayos de "luz slida".

Fue entonces cuando Miguel ngel Aznar, al frente de un comando del que tambin formaba parte Sofa Medina, realiz una audaz incursin en Urano regresando a la Tierra con un ejemplar de los misteriosos y codiciados proyectores de "luz slida".

La "luz slida", estudiada, copiada y experimentada en la Tierra, ya no era un secreto exclusivo de los sadritas. La industria electrnica de la Confederacin en peso se lanz a la fabricacin de proyectores para armar a todos los buques de la flota en seis meses.

Desgraciadamente, no se haba llegado a tiempo para impedir aquella temida transmutacin solar. Y esto era natural, en cierto modo. Si los sadritas hubieran considerado a los terrcolas capaces de hacer fracasar su plan, lo lgico habra sido que atacarn a los Planetas Confederados antes que stos estuvieran armados de los rayos de "luz slida".

Los terrcolas tenan ahora la rplica a la pregunta que tanto les haba inquietado: Por qu no atacaron los intrusos cuando sus rayos perforantes les daban una neta superioridad sobre la Armada Terrcola?

Sencillamente; porque los sadritas tenan ya formado su plan y no consideraban necesario arriesgar una vida ni un aparato en una lucha por expulsar a los nativos. Los terrcolas tendran que marcharse obligatoriamente o morir bajo los rayos de un sol que era altamente perjudicial para su salud.

Si los sadritas pensaron que los terrcolas se marcharan sin luchar era cosa que se ignoraba. Posiblemente lo pensaran as. Quin era capaz de penetrar los pensamientos de una humanidad en donde el ser superior estaba representado por un pequeo pulpo?

Un pequeo pulpo!

La rabia del terrestre suba de grado al considerar la pequeez del enemigo que tena enfrente. No podan creer que unos "asquerosos bichos" fueran capaces de expulsar a ellos! que slo treinta aos atrs haban hecho morder el polvo a la Abominable Bestia Gris en estos mismos lugares.

Tan ufanos estaban de s mismos los terrcolas, tan seguros de su superioridad neta sobre los pulpos, que incluso despus de ver por su propios ojos la transmutacin solar se crea en la rplica pronta y adecuada del inagotable ingenio del hijo de la Tierra.

"Nuestros cientficos encontrarn la manera de reparar esto" -se oa por doquier.

As caus conmocin general el anuncio que pocas horas despus de haberse reunido los Presidentes de la Confederacin lanzaron al ter todas las estaciones de radio y televisin del mundo:

"La evacuacin es cosa decidida; as lo anuncian nuestros corresponsales que asistieron a la entrevista celebrada en el espacio entre los Presidentes de la Tierra, Marte y Venus. Aunque todava no se ha facilitado el comunicado oficial, se sabe que la "Operacin Exilio" comenzar dentro de unas horas debiendo estar completamente terminada en el plazo de noventa das"

El mundo, estupefacto, no poda creer en lo que oa. Ignoraba que el Gobierno haba retrasado facilitar el comunicado oficial para que el pblico viviera unas horas en la incertidumbre y estuviera preparado para recibir el golpe definitivo.

Y este golpe no se hizo esperar. En un momento sabiamente escogido cuando el pblico exasperado exiga detalles ms concretos y definitivos, el comunicado oficial ech por el suelo las ltimas esperanzas.

Iba a comenzar la "Operacin Exilio". El hombre de la Tierra tena

que abandonar aquellos planetas donde viera por vez primera la luz del sol. La sentencia estaba echada.

.

CAPITULO V.

.

Desde todos los puntos de Norteamrica, por las magnficas autopistas recin reparadas, apretadas caravanas de automviles convergan hacia los lagos y los puntos abrigados de la costa donde esperaban los gigantescos autoplanetas.

Tambin por el aire cruzaban y volvan a cruzar aero-botes, aerobuses y buques auxiliares de la Armada que iban a recoger a los habitantes de las ms apartadas regiones para acarrearlos hasta los puntos de concentracin de los "discos volantes".

La escena era la misma para todas las regiones de la Tierra, de Marte y de Venus. Una humanidad trashumante, sin ms bagaje que un ligero hatillo de ropas y un estuche con los enseres de aseo personal, se encaminaba hacia el exilio; lentamente, sin prisas, como retardando de toda intencin el penoso momento de abandonar para siempre el suelo de la amada patria.

En el hemisferio oriental del globo terrqueo, donde reinaba un da continuo bajo el ardor de un monstruoso sol verde, la gente no poda dirigirse a pie hasta los autoplanetas. Estos tuvieron que descender sobre las ciudades-refugio antiatmicas y, proyectando su gran sombra sobre el suelo, tomar directamente de los subterrneos a los que all se encontraban desde el da de la transmutacin solar.

Las ciudades-concha albergadas en las entraas de los autoplanetas, desiertas y silenciosas durante siglos, se vean de sbito animadas por el ruido y la agitacin de los rebaos humanos que las iban invadiendo.

La actitud tarda y remolona de los evacuados cambiaba bruscamente en el momento de pisar las planchas de los grandes "discos volantes".

El terrcola, sabedor de la insuficiencia de espacio a bordo de los autoplanetas, echaba de lado todo sentimentalismo y se lanzaba a la conquista de un buen apartamento para l y su familia. La entrada en las ciudades-concha, era seguida de una furiosa carrera por las calles, las escaleras, los ascensores y los pasillos de los "discos volantes".

Familias enteras, reunidas para participar juntas en el largo viaje hasta los lejanos planetas redentores, formaban a modo de bandadas que, llevando un distintivo especial para reconocerse entre el tumulto, apelaban a la violencia ms primitiva para ganar un lecho confortable, una casa con muebles, un radiovisor y una cocina.

Las luchas comenzaban ya en el momento de tomar las grandes

escaleras mecnicas que les elevaban del suelo a la ciudad-concha, prosegua por tales o cuales causas a bordo del autoplaneta y se recrudeca ante las jaulas d los ascensores.

Ocurra a veces que dos bandas llegaban al mismo tiempo a un apartamento, disputndose su conquista con duras palabras que indefectiblemente acababan en golpes.

La polica, que no poda estar en todas partes a la vez, tena que actuar con violencia lanzando sus coches contra las multitudes insolentes, utilizando mangas de agua a presin para hacerlas retroceder, interviniendo con golpes de porra en las luchas y desalojando los pisos de los edificios con gases lacrimgenos.

Pareca mentira que esto ocurriera entre los individuos de una raza que se consideraba a s misma poseedora de un alto nivel cultural. Pero ocurra. Porque el hombre, cualquiera que fuera su educacin, siempre acababa por reaccionar con su feroz instinto de conservacin.

Siendo el nmero de autoplanetas disponibles insuficientes para ofrecer cmodo alojamiento a toda la poblacin del mundo, los comandantes de estos buques tenan orden de tomar a bordo doble nmero de refugiados del que estaba marcado en el censo oficial de la ciudad-concha. La gente deba apretarse en los departamentos y cuando no cupiera en stos se acomodara en los pasillos, en los patios, en algunos almacenes preparados al efecto y, por ltimo, en las calles y las plazas pblicas, en tiendas de campaa, en barracones y al "aire libre", si no haba ms remedio.

Pero los autoplanetas no se llenaron hasta este extremo en las primeras semanas de la "Operacin Exilio". Las muchedumbres permanecan en tierra firme negndose a embarcar en los autoplanetas ya llenos.

Esperaban la llegada de otras astronaves, alentando la esperanza de conseguir en stas un buen apartamento donde, mal que apretujada, pudiera una familia sentirse "como en casa", disfrutando de camas decentes, teniendo muebles, televisor, cocina y ventanas por donde respirar a sus anchas.

El sentido de la libertad y la independencia estaba muy arraigado en la poblacin terrcola. Frente a las casas aisladas, rodeadas de un ancho jardn donde habitaron hasta entonces, la perspectiva de un viaje de ms de cincuenta aos, en una ciudad-concha, era horripilante.

No era fcil obligarles a aceptar estas penosas condiciones de habitabilidad. Pero haba un medio. Este consista en esperar hasta la hora de salida. En el ltimo instante, los rebeldes no tendran ms remedio que rechinar los dientes y embarcar, aceptando cualquier espacio donde pudieran colocar los pies.

En contraste con los tumultos, desrdenes y peleas que se producan en todos los autoplanetas de la flota, haba en la Tierra un gigantesco

"disco-volante" de 15 kilmetros de dimetro, de nombre "Santa Fe", donde reinaba una tranquilidad absoluta y todava quedaban manzanas enteras completamente vacas.

Aunque todo el mundo conoca el nombre de esta astronave y el punto donde estaba anclado, nadie se afanaba por llegar hasta l. La gente se apartaba de l como de la peste. Era el autoplaneta destinado a quienes quisieran emigrar a los planetas thorbod.

El Presidente del Estado Tierra no andaba descaminado cuando asegur que nadie querra cambiar el seguro refugio de los planetas redentores por el incierto porvenir que aguardaba a quienes se dirigieran a los mundos thorbod.

Porque si no "nadie", muy pocos en verdad se manifestaron deseosos de seguir al Almirante Aznar por los dilatados espacios intersiderales hasta aquellos remotos planetas donde aguardaba agazapada la aventura; quiz la muerte.

Y otro tanto ocurra en Venus, donde el autoplaneta "Ascrea" tampoco tena completas sus plazas. Solamente el autoplaneta marciano se haba llenado a rebosar, y ello porque la popular Presidente de la nacin encabezaba la lista de los emigrantes.

-Parece que no vamos a ser muchos -coment Miguel ngel delante de su padre. A lo que el Almirante contest: -Seremos pocos, pero buenos.

Y en efecto, el seor Aznar mostr una lista de personalidades que iba desde la Presidente del Estado Marte a las figuras ms preeminentes, as en la Poltica como en la Economa, las Ciencias, las Letras y las Artes.

-Se necesita poseer un espritu selecto para valorar las inmensas perspectivas que se abren ante aquellos que vayan a fundar una nueva Patria -explic el Almirante Mayor -. Slo las personas dotadas de un ideal son capaces de desdear la seguridad de los planetas redentores por la incertidumbre y los riesgos de un viaje hasta el Imperio Thorbod.

Despus de afirmar lo cual, el Almirante se dedic con entusiasmo a preparar la expedicin.

Para ir a buscar asilo en Redencin los exilados no necesitaban llevar consigo toda la complicada maquinaria sobre la cual se apoyaba el moderno Estado terrcola. Pero los partidarios del Almirante Aznar iban a colonizar unos planetas prcticamente vrgenes, tenan el propsito de fundar una nacin, y consecuentemente necesitaban llevar consigo gran cantidad de maquinaria y equipo. Esto, con el nuevo sistema de reducir los espacios vacos existentes en la materia, no implicaba grandes problemas de espacio.

Sin embargo haba que buscar la maquinaria adecuada, arrancarla de donde estaba, transportarla hasta donde se encontraban las instalaciones llamadas "reductoras" y empacarlas y clasificarlas para su ulterior empleo en los mundos de la Bestia Gris.

Todo esto, en fin, representaba un trabajo que haba de tener muy atareados a los futuros conquistadores hasta el mismo momento de la marcha.

Mientras tanto, Miguel ngel Aznar viva enfrascado en la no desdeable tarea de preparar a la Armada, reunir sus efectivos, evacuar las bases, volar aquellas que se consideraban intiles y planear la demolicin de los gigantescos arsenales de la Tierra y la Luna a fin que el enemigo no pudiera aprovecharse de ellos.

Se haba conseguido al fin enlazar telegrficamente con las bases de tas lunas de Jpiter y Saturno. El Estado Mayor General respir al saber que el enemigo no haba atacado todava en aquellas lejanas islas planetarias

Trabajando hasta 20 horas diarias, durmiendo poco y a pequeos intervalos, los das pasaron rpidamente tanto para Miguel ngel Aznar como para Sofa Medina.

Como ayudantes del Almirante Jefe de la Flota Combinada, su tarea abarcaba las ms diversas ramas y no terminaba nunca.

Por fin lleg el "da D". En diversos puntos de la Tierra, de una Tierra extraamente muerta y silenciosa, sin vida en sus campos ni en su cielo, los gigantescos autoplanetas anunciaron por los altavoces la inminente salida.

Entonces, los millones de personas que todava quedaban en el suelo se apresuraron a subir por las escaleras mecnicas hasta las ciudades-concha.

Mientras la muchedumbre apresurada se acoga a los buques, el suelo empezaba a temblar sacudido por las formidables explosiones de los arsenales del Ejrcito. En la noche eterna del hemisferio occidental, donde el sol no haba vuelto a salir desde su transmutacin, brillaban con lvido fulgor las llamaradas de los depsitos de municiones que los ingenieros hacan saltar por radio. En el hemisferio oriental se vean los monstruosos hongos radiactivos subiendo a considerable altura.

Era el principio de la Apocalipsis final.

En Washington, capital del Estado Tierra, Miguel ngel Aznar y Sofa Medina cerraron sus carpetas con un suspiro melanclico.

-Vamos ya, muchachos? -pregunt el almirante Hidalgo desde el despacho contiguo.

Los dos jvenes se reunieron con Hidalgo. El almirante, antes de abandonar su despacho, se volvi para contemplar con ojos hmedos aquel que durante tanto tiempo haba sido su gabinete de trabajo.

-Andando -murmur con voz ronca.

El pequeo grupo sali al pasillo. Flotaba en el aire el acre olor de los papeles que el Estado Mayor haba quemado. Todas las puertas que daban a los corredores estaban abiertas y a travs de ellas se vean los despachos vacos, silenciosos, con los cajones de los muebles y

archivadores fuera de su sitio, los pisos cubiertos de papeles intiles y sin inters.

Junto a la puerta del ascensor esperaba una muchacha que vesta el uniforme de las Fuerzas Siderales.

-Ya no queda nadie? -pregunt Hidalgo.

-Nadie, seor -contest la muchacha con acento triste -. Nosotros somos los ltimos.

El ascensor se puso en marcha. Produca una inmensa sensacin de ahogo pensar que cada acto se estaba realizando por ltima vez; que cada cosa sobre la que posaban los ojos se vea por ultima vez

Al llegar a la azotea desierta, donde slo quedaban un par de aero-botes y la fala del almirante Hidalgo, el grupo se detuvo mirando a su alrededor.

La aurora artificial que durante das haba brillado sobre la ciudad, restallaba todava por encima de sus cabezas. Bajo esta luz, Washington apareca enorme y silenciosa, con sus ventanas oscurecidas, sus calles sucias y desiertas, sus vehculos aparcados a lo largo de las aceras, que antao hollaron multitudes felices y despreocupadas

Contristaba el nimo pensar los siglos de trabajo, el formidable esfuerzo aplicado por el hombre en la construccin de aquella magnfica ciudad, y saber que todo iba a saltar en pedazos al impulso brutal de las formidables cargas atmicas depositadas en los subterrneos de la metrpoli. _ 84 _

Lejos en el horizonte chisporrote el lvido fulgor de una deflagracin termonuclear.

-Faltan diez minutos para la hora "H", seor -anunci un oficial de enlace sealando su reloj de pulsera -. Probablemente somos los nicos hombres que quedan todava sobre la faz del mundo.

-Los nicos. Y luego nadie! -murmur Hidalgo apesadumbrado. Y con sbita decisin ech a andar hacia la fala diciendo -: Vmonos.

Los aero-botes hacan sonar insistentemente sus sirenas, por si quedaba alguien atrs. Hidalgo y sus ayudantes treparon hasta la fala y ocuparon sus asientos. Los pocos hombres y mujeres que quedaban en la azotea subieron tambin en los aero-botes. Las tres navecillas se elevaron verticalmente en el aire.

El piloto conect el aparato de radio.

"Faltan ocho minutos para la "hora cero"! -anunci la voz de un locutor.

Desde el aire, los tripulantes de la fala contemplaron la ciudad que iba hundindose bajo sus plantas. Aqu y all ardan algunos incendios aislados. Tambin brillaban algunas luces inmviles, que nadie se haba entretenido en apagar.

Silenciosos y sombros siguieron mirando a la ciudad hasta que un

banco de nubes se interpuso como un teln de gasa ante sus ojos. La fala puso en marcha sus reactores, levant la proa y empez a subir como un cohete hacia el cielo tachonado de estrellas. Por el Oeste iba brotando un extrao fulgor verde-oscuro, anuncio de un anmalo amanecer.

A medida que el aparato ganaba altura la extraa alba de occidente creca en intensidad. En el horizonte asom el borde de un monstruoso sol color verde que fue subiendo y subiendo hasta obligar al piloto de la aeronave a polarizar la cubierta transparente de la cabina para amortiguar sus rayos ardorosos.

Un estrpito como de continuas descargas elctricas brotaba del tornavoz del aparato de radio.

-Apague la radio, capitn -orden Hidalgo al piloto -. A estas alturas ya no sirve para nada.

La fala atraves como una saeta las altas capas de la ionosfera terrestre y vol por el espacio libre en persecucin de la flota de grandes "discos-volantes".

All abajo quedaba la Tierra como una gigantesca hoz de un suave color verde. De pronto, en el espacio negro comprendido entre los extremos de la hoz, empezaron a chisporrotear mltiples fogonazos de un azul plido, extraamente fro y brillante.

-La "Hora Cero" -murmur el almirante Hidalgo.

Y con los ojos de la imaginacin, ya que era imposible verlo desde aquella enorme altura, los pasajeros vieron todas las ciudades del gran continente americano, todos los arsenales del Ejrcito y de la Armada, todas las instalaciones industriales que se extendan desde el rtico a la Tierra de Fuego, saltando a la vez en terrorfico estruendo al impulso de las gigantescas fuerzas liberadas por la fisin del tomo.

Ciudades fastuosas, refugios antiatmicos como laberintos, bases y arsenales del Ejrcito y la Armada, ingentes obras de ingeniera, costossimas instalaciones fabriles, redes interminables de ferrocarriles y carreteras, millones de mquinas "robot", centenares de millones de torpedos autmatas de cabeza de combate atmica, maquinaria costossima e irremplazable! Todo saltaba en aicos, roto, despedazado, machacado y aventado por las apocalpticas explosiones atmicas!

Durante quince largos minutos la corteza del globo terrqueo vomit llamas y humo junto con retorcidos restos de mquinas y edificios que volaron a gran distancia y prodigiosa altura. Como una traca gigantesca ardi la hoguera atmica desplazndose caprichosamente de un lado a otro. Hasta que el fantstico castillo de fuegos artificiales empez a perder su violencia inicial y, lentamente, acab por extinguirse.

-"Consummtum Est" -murmur el almirante Hidalgo con acento sombro -. Todo ha terminado.

Frase sta que murmurada por centenares de millones de personas reson en todos los corazones con idntico clamor de lgrimas.

A la misma hora, los venusinos y marcianos destruan tambin todo cuanto representaba el fruto de muchos siglos de esfuerzo, de trabajo y de progreso. Las tres flotas de autoplanetas estaban ya en el espacio y volaban, escoltadas por sus respectivas Divisiones Siderales, hacia el punto en que las tres se reuniran para emprender juntas la larga travesa del espacio.

La fala del almirante Hidalgo alcanz al autoplaneta "Santa Fe" y se pos en una de las plataformas saledizas laterales para entrar acto seguido en la gigantesca esclusa de admisin, capaz para todo un crucero sideral.

El almirante Hidalgo, que tambin se haba decidido por tomar la ruta de los planetas thorbod, tena toda su familia en el "Santa Fe". Se propona pasar con los suyos los das que la flota tardara en cruzar la rbita de Plutn, la cual marcaba las fronteras del Reino del sol.

Miguel ngel tambin tena all a la familia. Y en cuanto a Sofa, se haba despedido unos das antes de sus padres y hermanos, los cuales haban optado por dirigirse a Redencin.

Miguel ngel saba que los familiares de su novia haban tratado de convencerla para que se fuera con ellos. Sofa se neg, pero desde entonces apareca triste, mustia y pensativa. Se le vea luchar entre el amor a los suyos y el amor hacia Miguel ngel. Porque, como ella dijo:

"Era como si todos los seres que amaba se hubieran muerto".

Despus de la separacin no volveran a verse nunca jams.

Al salir de la esclusa estanca los tripulantes de la fala se vieron en los arrabales de la ciudad-concha. Despus de haber visto al silencioso y desierto Washington, Santa Fe les pareci una metrpoli bulliciosa llena de animado color.

La ciudad estaba en gran parte deshabitada, pero esto se remediara en seguida.

Para la travesa del espacio, los gigantescos discos llamados "autoplanetas" se unan en grupos de diez formando una columna de discos superpuestos que avanzaba en bloque compacto obedeciendo a un solo mando. Esto simplificaba en gran manera la tarea de dirigir el rumbo, haca disminuir las probabilidades de un choque con los aerolitos, evitaba el extravo de algn aparato y permita que las diez, o doce, o quince ciudades superpuestas pudieran comunicarse directamente entre s a travs de compuertas especiales en los techos y en el fondo del disco.

Lo cual tratndose de un viaje de medio siglo de duracin, resultaba altamente ventajoso para la administracin del grupo.

Los autoplanetas iban a proceder a la formacin de estos grupos y los que iban con destino a la galaxia thorbod, naturalmente, se disponan a

unirse tambin en un solo bloque.

En este momento, el superpoblado autoplaneta marciano pasara parte de su excedente humano al "Santa he" y al "Ascrea".

En Santa Fe las calles estaban tan despejadas que permita el trnsito de los automviles, cosa imposible en todos los dems autoplanetas de la ruta de Redencin. Los tripulantes de la fala se separaron.

-Dgale al seor Aznar que ir a visitarle en cualquier momento que tenga libre -dijo Hidalgo a Miguel ngel. Y aadi -: En cuanto a usted y la seorita Medina quedan libres de servicio hasta que crucemos la frontera del sol. Creo que se han ganado estos das de vacaciones.

Agradecindole a Hidalgo aquella licencia, Sofa Medina y Miguel ngel Aznar subieron al automvil que haban requisado para recorrer 7 kilmetros hasta el centro de la ciudad donde habitaban los Aznar.

Los Aznar, que consideraban ya a Sofa como un miembro ms de la familia, acogieron a sta con grandes demostraciones de afecto. La realidad era que intentaban por todos los medios distraer su atencin del recuerda de los familiares que iban a partir hacia Redencin y a los cuales no volvera a ver ms. Y, en cierto modo, los Aznar intentaban tambin demostrar su agradecimiento porque la muchacha les hubiera preferido a sus propios padres.

En Santa Fe, todo el mundo se preparaba a rodearse de las mximas comodidades, tomando plena posesin de aquellas cosas que iban a rodearles y a formar parte de su vida cotidiana por espacio de 50 aos o ms. El autoplaneta marciano "Orin" se junt al "Ascrea" y al "Santa Fe", vertiendo en stos su excedente humano; las multitudes se repartieron por los edificios que todava quedaban vacos y empez a notarse cierta sensacin de sosiego, de descanso de tranquila resignacin.

Los doce das que la flota de autoplanetas invirti en alcanzar las fronteras del Reino del sol transcurrieron rpidamente para Miguel ngel Aznar. Aunque procuraba no pensar en ello, no poda apartar de s la honda preocupacin que senta respecto a su propio porvenir. Esta misma preocupacin poda leerla tambin en los rostros de sus padres.

Invariablemente, al hablar de un proyecto para el futuro, segua un silencio apesadumbrado que muy bien hubiera podido llenarse con la coletilla: "Si es que regresas del combate".

-Cuando nos casemos -deca Miguel ngel a Sofa. Y mentalmente aada -: "Si es que nos casamos".

Afusin a la muerte que, repetida una y otra vez a lo largo de aquellos das, acab por irritar al contralmirante y hacerle desear llegara cuanto antes el inevitable omento de afrontar el peligro.

El momento lleg fatalmente y Miguel ngel se despidi de los suyos para ir a reunirse con el almirante Hidalgo ante la esclusa de salida.

-Cudate, Miguel ngel -dijo la seora Aznar, como si estuviera en la

mano de su hijo escapar al destino que Dios le hubiera deparado.

-Vamos -dijo el Almirante Mayor -. Yo os acompaar hasta la esclusa.

Miguel ngel estrech las manos de su cuado Gerardo y su to Jos Luis Balmer y bes a las mujeres.

-Sacudidles fuerte a los pulpos -dijo el general Balmer dando una palmada en la espalda de su sobrino.

La familia, en grupo, acompa a los dos jvenes hasta la puerta del ascensor. Se produjo una breve, penosa pausa, mientras esperaban que llegara el ascensor. Al abrirse las puertas, los dos muchachos y el Almirante Mayor entraron en la cabina. Desde all, Miguel ngel mir al grupo de seres amados que le contemplaban con ojos arrasados de lgrimas.

-Volver! -asegur Miguel ngel con falsa conviccin.

Y apret el botn.

Las puertas se cerraron y el ascensor sali disparado hacia abajo.

Los automviles, en la ciudad-concha, eran del primero que los encontraba. Cogieron uno que estaba aparcado all cerca. Los 7 kilmetros de recorrido hasta la esclusa de acceso al autoplaneta los hicieron en completo silencio. Todos parecan deseosos de decir algo, pero a nadie se le ocurra nada.

Ante la esclusa estaba, ya preparada, la lujosa fala del almirante Hidalgo. El almirante todava no haba llegado.

-Hijo mo -dijo el seor Aznar poniendo una mano sobre el hombro de Miguel ngel - entre nosotros no caben engaos. Me consta que habr un tremendo nmero de bajas en esa batalla que va a comenzar. Con estos endiablados rayos de "luz slida" no sirven tretas ni tcticas de ninguna clase. Si le cogen a uno le atraviesan y en paz. Slo quiero qu me contestes con franqueza a esta pregunta, tienes algn presentimiento?

-Ninguno de la clase que t quieres suponer -contest Miguel ngel. Y era sincero.

-Entonces volvers, estoy seguro -dijo el Almirante Mayor oprimiendo el hombro de su hijo.

En estos momentos lleg el Almirante Jefe de la Flota Combinada. Hidalgo salt del automvil y fue a estrechar vigorosamente la mano de don Miguel ngel Aznar.

-Hola, don Miguel, cmo va eso?

-Siento la impresin de estar faltando a un deber -contest el Almirante Mayor Honorario -. Creo que debera tomar parte en esa batalla.

-Cree que si no anda usted metido en el jaleo no se resolvern las cosas a nuestro favor, verdad? -pregunt Hidalgo sonriendo -. No se preocupe. La tradicin prosigue en la persona de su hijo. Estando Miguel ngel con nosotros tenemos la victoria segura. Claro que la leyenda dice que debe ser un Aznar quien dirija la batalla para que sta

se resuelva en una victoria, pero en fin! Miguel ngel estar al menos en el buque Almirante, junto al jefe de la Flota. Le pondremos en el transmisor. Como no podemos utilizar la radio y todas las rdenes habrn de darse por telgrafo luminoso, ser prcticamente como si el propio Miguel ngel dirigiera toda la batalla con el manipulador telegrfico. As podr realizarse una vez ms la tradicin, y la leyenda, podr decir sin faltar a la verdad que "un Aznar dirigi la batalla que libr a la Humanidad de la amenaza de los Hombres de Titanio".

Miguel ngel, Sofa y el seor Aznar miraron sorprendidos al almirante. Contrariamente a lo que pudiera parecer, el rostro de Hidalgo apareca completamente grave. No bromeaba. Hablaba en serio.

-Fue por eso por lo que nombr ayudante suyo a Miguel ngel? -pregunt el seor Aznar con el ceo fruncido.

-Oh, no, vlgame Dios! -exclam Hidalgo con acento de absoluta sinceridad -. La batalla estaba muy lejos todava en aquellos instantes. Debi ser como una intuicin como un presentimiento inspirado por Dios. Se me ocurri de repente, al ver a Miguel ngel en aquel pasillo. Y ahora me alegro de haberle encontrado aquel da. Creo que la victoria ser nuestra.

-Porque yo estar junto a usted durante el combate? -pregunt Miguel ngel riendo.

-Por esa razn, entre otras muchas -contest Hidalgo gravemente.

Sigui una breve pausa.

-Yo tengo absoluta fe en los presentimientos -dijo el seor Aznar -. Si nuestro Almirante en Jefe cree que vamos a ganar esta batalla, no hay por qu preocuparse. La ganaremos.

Y estrech con fuerza la mano de Hidalgo.

-Adis, seor Aznar -dijo Sofa Medina mientras Hidalgo se alejaba en direccin a la fala.

-Por qu adis? -Pregunt el seor Aznar -. Tienes que volver para hacerme abuelo. Vamos, dame un beso.

La muchacha se empin sobre la punta de los pies y bes al Almirante Mayor en la mejilla. Luego se alej rpidamente en pos del almirante Hidalgo.

Los dos Aznar se contemplaron un instante en silencio.

-Dame un abrazo -gru el Almirante Mayor.

Se abrazaron con fuerza.

-Suerte, hijo mo.

-Gracias, pap. Creo que vamos a necesitarla.

El joven se desasi, gir sobre sus tacones y se encamin hacia la fala.

Entr y se acomod junto al piloto. Este apret un botn en el tablero de instrumentos. La portezuela gir lentamente sobre sus goznes y encaj con seco chasquido.

Se hizo el silencio. Los ruidos de la ciudad no llegaban hasta el interior de la hermtica cabina. A travs de los cristales Miguel ngel vio a su padre que haca seas con la mano. Contest al saludo de la misma forma. El reactor atmico zumb y la fala entr lentamente en el tubo de lanzamiento.

Una slida compuerta se cerr detrs de la aeronave. Los tripulantes se vieron en el interior de la esclusa, baados por el suave resplandor rojo que llenaba el interior del tubo. La luz roja cambi a verde y de pronto, con una brusca sacudida, la fala fue lanzada al espacio con la velocidad de un torpedo.

El paso desde la esclusa a la inmensidad del vaco interestelar fue repentino. Mirando atrs, los astronautas vieron el bloque de los tres grandes autoplanetas que se alejaba rpidamente. La realidad era que ellos se alejaban de los autoplanetas, sumando a la velocidad de stos el impulso proporcionado por la presin del aire de la esclusa.

El sol, a popa, brillaba en las lbregas profundidades del espacio como una gran estrella verde. Alrededor de la fala, los autoplanetas flotaban en el negro espacio, inmviles al parecer. Ms all de los autoplanetas, el firmamento apareca tachonado de miradas de pequeas y brillantes estrellas de un suave color verde.

Aquel enjambre de estrellas, que como una segunda "Va Lctea" se extenda de derecha a izquierda cubriendo todo el cielo, era la Armada Sideral Terrcola.

Miguel ngel Aznar, que jams haba tenido ocasin de ver a todas las Fuerzas Siderales de la Confederacin reunidas, qued de pronto sin aliento, casi aterrado, aplastado por la enorme impresin de aquel fantstico despliegue de fuerzas.

-Dios mo! -exclam -. Todo lo que brilla son aparatos nuestros?

-iAjaj! -exclam Hidalgo acercando el rostro a los cristales de las ventanillas -. Tres millones doscientos mil cruceros de lnea. Sin contar los buques auxiliares, ni los "discos" transporte del Ejrcito que tambin toman parte en la concentracin.

-Siempre me haba preguntado qu aspecto ofreceran todas las Fuerzas Siderales de la Confederacin de Planetas reunidas. Es muy difcil de imaginar el montn que forman tres millones de buques.

-Pues ahora puede verlo usted. Ah estn concentrados todos los efectivos de nuestra Armada. Esto es lo que se llama "echar el resto".

Miguel ngel Aznar contempl admirado el inmenso enjambre de diminutos puntos de luz y exclam:

-Verdad que somos muy fuertes? El almirante Hidalgo suspir.

-Estbamos seguros de ser la potencia ms fuerte del Universo conocido hasta que llegaron esos malditos pulpos de titanio con sus endiablados rayos de "luz slida".

-Yo creo que ellos no tienen tantos buques como nosotros.

-Es posible que no los tengan. Pero sus pequeos aparatos se mueven a una velocidad tremenda y van a resultar muy difciles de alcanzar. Aunque muy rpida, la luz tambin invierte su tiempo en ir de un lado a otro. Cuando nuestros artilleros electrnicos divisen al enemigo a cien mil kilmetros de distancia, habr trascurrido un tercio de segundo desde que el rayo luminoso sali de los aparatos contrarios para llegar hasta el "ojo" de nuestro sistema de puntera "robot". El mecanismo de nuestros artilleros autmatas, invertir por lo menos otro tercio de segundo en apuntar y disparar los rayos de "luz slida". El rayo "slido" invertir otro tercio de segundo en llegar hasta los "Omega" sadritas. Y en un segundo, esos endemoniados aparatos habrn recorrido quiz cincuenta mil kilmetros, estando muy lejos del punto donde se encontraban al ser avistados por nuestros artilleros.

El almirante hizo una pausa, movi la cabeza y repiti:

-Le digo que va a ser muy difcil que les alcancemos con nuestros rayos. Muy difcil!

-Bueno -mascull Miguel ngel -. Tambin ellos encontrarn dificultades para alcanzarnos a nosotros. Un rayo luminoso no es como un torpedo autmata, que persigue al blanco dondequiera que vaya. El rayo, una vez lanzado, no puede volver atrs ni desviarse a un lado ni a otro. Nosotros no podremos dar un salto de cincuenta mil kilmetros en un segundo. Pero en ese segundo tambin habremos estado movindonos Para los efectos, lo mismo da errar el blanco por cincuenta mil kilmetros que por dos metros. No le parece? El caso est en esquivar el rayo slido, aunque slo sea por un milmetro.

-S, eso es cierto -murmur Hidalgo. Entorn los ojos, sonri irnicamente y dijo: - De lo cual se infiere que con todos nuestros formidables dispositivos electrnicos, ser la suerte de cada cual quien decida la batalla. Los rayos de "luz slida" apuntados contra un buque no irn a pegar en el sitio a donde iban dirigidos, sino donde el azar los lleve. Curioso, verdad?

-Yo dira ms bien trgico -contest Miguel ngel -. Para lanzar rayos a diestra y siniestra, no haca falta que nuestros buques fueran tripulados por personas. Con mandar a los pilotos "robots" por radio bastaba y no exponamos vidas humanas.

-Oh, claro! -exclam Hidalgo -. Pero usted olvida que con esta fastidiosa erupcin solar no hay manera de utilizar la radio para impartir rdenes a las tripulaciones "robot" de nuestra Armada. Si hubiramos podido prever que las comunicaciones radiotelefnicas quedaran interrumpidas, habramos dotado a nuestros buques de algn dispositivo para que los "robots" obedecieran a los impulsos del telgrafo luminoso, igual que responden a las rdenes dadas de viva voz. Aunque calculo que, de todas formas, la medida hubiera resultado poco menos que intil. Nuestra Armada siempre ha tenido pilotos

"robot". Y sin embargo, los hombres de carne y hueso han participado a bordo de nuestros buques en todas las grandes batallas. Y esto, no slo porque todava hay infinidad de cosas que los "robot" no pueden hacer por s mismos, sino porque el Hombre, se sentira inferior a las mquinas que ha construido, si stas decidieran las batallas sin necesidad de eso que llamamos "valor".

Miguel ngel Aznar asinti en silencio. Conoca la irrefutable verdad de cuanto deca el almirante Hidalgo. La criatura humana, realmente haba llegado a construir mquinas de una perfeccin maravillosa, capaces por s solas de resolver una complicada batalla sideral con la fra y meticulosa perfeccin de una mquina calculadora. Pero si el Hombre hubiera entregado a los "robots" la decisin suprema de su propio destino, qu hubiera quedado entonces de la humana vanidad?

No. El Hombre se resista a convertirse en una pobre bestezuela, dedicada afanosamente a la construccin de mquinas que pensaran, lucharan y vivieran por l. El Hombre, encaramado sobre una pirmide de mquinas, insista en ser el rey de su propia creacin, la criatura ms perfecta, la duea de cuanto le rodeaba y le renda vasallaje.

Y, al fin y al cabo, tambin tena su poquito de sentimentalismo.

Al Hombre, incluso en esta avanzada Era Trasatmica, le gustaba resolver sus propios asuntos a su manera.

-Miren, ah est nuestro buque -seal el piloto.

Miguel ngel, surgiendo bruscamente de su abstraccin, mir a travs de la cubierta transparente de la cabina.

Un esbelto crucero de la Armada Sideral Terrcola, se acercaba por babor haciendo pestaear su reflector de seales. En sus costados luca, pintadas sobre fondo negro, cuatro enormes estrellas de cuatro puntas. Esta era la insignia del buque almirante de la Flota.

Breves minutos ms tarde, la fala se situaba bajo el casco del crucero y, ascendiendo lentamente, iba a alojarse en un hueco apropiado a su tamao. Debajo de la fala se cerraron las dos hojas de una frrea compuerta. Una luz roja brill mientras en la cmara se inyectaba aire a presin.

Cuando la luz verde sustituy a la roja, los tripulantes de la fala se encontraban propiamente a bordo del buque almirante.

.

CAPITULO VI.

.

La Armada Sideral de los Planetas Confederados Terrcolas empez a frenar para describir un amplio, apenas perceptible viraje, que le alejaba lentamente de la flota de autoplanetas.

A bordo, de los buques y pese al campo magntico creado

artificialmente bajo los pisos, se haca sentir molestamente el brutal tirn de las fuerzas "G", o gravitatorias.

Lo primero que hicieron el almirante Hidalgo y sus ayudantes al pisar las planchas del "Olimpia" fue embutirse en las slidas armaduras de cristal que constituan el traje obligatorio de los astronautas de la Armada Sideral. Este traje, que perfilaba los contornos del cuerpo humano, estaba formado de varias piezas de cristal inastillable que se unan entre s para formar un hermtico envoltorio.

Las armaduras llamadas "de vaco" tenan dobles paredes de vidrio en el tronco y en este hueco oxgeno a presin que el astronauta utilizaba despus de haberse calado una escafandra, tambin de vidrio azul oscuro, con el frente de cristal transparente susceptible de ser polarizado.

El traje era obligatorio a bordo de todos los buques de la Armada porque en caso de producirse una grieta o agujero en el casco de la nave, sobrevena lo que se llamaba "descompresin explosiva"; lo cual quera decir que todo el aire contenido a presin dentro del buque se lanzaba hacia la brecha y escapaba al vaco interestelar como en una explosin.

Los astronautas solan andar por el buque con el traje puesto y en caso de peligro inmediato se calaban rpidamente las escafandras.

Con las escafandras puestas, los astronautas tenan que utilizar un micrfono, un diminuto amplificador y un tornavoz exterior para hacerse or de los dems. Y para escuchar lo que decan los dems, el astronauta utilizaba un sistema invertido de micrfono exterior y altavoz dentro de su escafandra.

Pero si sobrevena la temida avera y todo el aire de la cabina escapaba fuera, entonces el hombre de la armadura no poda hablar ni escuchar por este sistema, ya que el sonido no se transmita en una cabina donde no hubiera una atmsfera. Lo que haca entonces el astronauta era utilizar el aparato de radio de que iba equipado, lo cual siempre daba lugar a confusiones, porque cada uno poda or lo que hablaban todos a la vez.

Para consultas y conversaciones particulares, sin embargo, al hombre de la armadura le quedaba el recurso de enchufar un hilo telefnico al circuito de un compaero, y entonces hablaban los dos sin que escucharan los dems.

El comandante del buque, por ltimo, poda enchufar su telfono al circuito que corra toda la nave y sustituir as a la radio, si sta se estropeaba.

Durante 96 horas seguidas -sera superfluo hablar de "das" en pleno espacio, donde no exista diferencia alguna entre el da y la noche -Miguel ngel Aznar y Sofa Medina, as como el resto de los 30 millones de astronautas que tripulaban los buques de la Armada Sideral de los

Planetas Confederados, vivieron, comieron y durmieron dentro de estas incmodas armaduras mientras cruzaban el espacio rumbo a Urano.

Aunque haba muy poco quehacer a bordo, este tiempo no result ni mucho menos aburrido. El almirante Hidalgo haba despachado patrullas exploradoras por delante y a bordo de los buques se viva en constante estado de alarma.

Delante de la Flota Combinada huan hacia Urano como corzos perseguidos por una jaura gran nmero de aparatos "Omega" del enemigo que haban estado siguiendo y vigilando los movimientos de la flota de autoplanetas terrcolas.

Los navos terrcolas jams pudieron dar alcance a las diminutas "herraduras volantes" de los sadritas, porque stas iban impulsadas por chorros de "luz slida" y desarrollaban velocidades fantsticas con un tiempo mnimo para la aceleracin.

El organismo humano hubiera quedado despedazado con aquellas aceleraciones bruscas. Los pulpos, sin embargo, las toleraban perfectamente.

-En estos momentos -coment un oficial del buque almirante - los pulpos se habrn enterado que vamos por ellos y estarn saliendo de sus madrigueras para embutirse en sus armaduras de "hombre".

Porque los sadritas, efectivamente, tripulaban slidas mquinas "robot" con las cuales podan remedar los movimientos de la criatura humana de la Tierra. Y a los miembros de la Armada Sideral les gustaba imaginar a los "pulpos" llevndose un susto morrocotudo al saber que los Hombres, lejos de marcharse resignadamente de sus inhabitables planetas, volvan atrs con el propsito de "ajustar cuentas".

Mientras la Flota Combinada volaba hacia Urano, el almirante Hidalgo imparta por telgrafo luminoso las ltimas instrucciones. En el mismo buque viajaba tambin el almirante Fletcher, con el ttulo de subjefe de la Armada Aliada. Miguel ngel Aznar hizo prcticas con los teletipos.

No era muy difcil emitir o recibir telegramas por aquel sistema. Miguel ngel tomaba asiento ante un aparato que era como una mquina de escribir. Segn el almirante Jefe le dictaba, Miguel ngel escriba rpidamente pulsando teclas. En el carro, sobre un rollo de papel, iban formndose las palabras como en una mquina de escribir corriente. Un "cerebro electrnico" traduca automticamente las letras a los puntos y rayas correspondientes del alfabeto Morse, y el sistema de reflectores del buque los lanzaba en forma de guios luminosos al espacio.

Para la recepcin, el mismo "cerebro electrnico" traduca a letras los guios luminosos y mova las teclas de la mquina, dejando escrito en el papel el mensaje ya traducido.

Todo esto con la rapidez del relmpago.

Al acercarse la Flota a Urano y adoptar la formacin de combate, Miguel ngel Aznar se asegur que todas las piezas de su armadura encajaban hermticamente y fue a tomar asiento ante el teletipo. En el suelo, al alcance de la mano, deposit su escafandra lista para endosrsela en cualquier momento.

Para dirigir la batalla iban a utilizarse dos teletipos. Miguel ngel se encargara del transmisor. Sofa Medina cuidara del receptor. Su trabajo se limitaba a leer las comunicaciones en voz alta.

Sofa estaba ya en su sitio cuando el almirante Hidalgo y el almirante Fletcher se situaron en el centro de la cmara, frente a una mesa redonda sobre la que se proyectaban las imgenes captadas por el potente periscopio electrnico de que iban equipados todos los buques de la Armada.

El teletipo receptor empez a teclear rpidamente. Sofa ley en voz alta, aguda y clara:

-"Del Almirante Morgan, en descubierta, al Almirante Jefe. Gran fuerza sideral enemiga avistada alrededores Urano. Calculamos ochocientos mil Atencin! Fuerza enemigo sale disparado a nuestro encuentro. Terrible velocidad inicial. Imposible huir o detener el golpe. Hace jugar rayos "luz slida". Abrimos fuego".

Hidalgo y Fletcher se inclinaron ansiosamente sobre la mesa-pantalla.

-No podrn esquivar esa avalancha -murmur Hidalgo entre dientes. Y pregunt a Sofa: Qu ms?

-Aqu dice: "No se arredre ante estos bichejos asquerosos. Hidalgo. Le saludo con un abrazo. No tuvimos suerte".

-Qu ms? -grit Hidalgo.

-Nada ms, seor -contest la muchacha.

Y Fletcher dijo.

-Mire, ya se ven los fogonazos de nuestros buques exploradores al hacer explosin.

-Maldita sea -rugi Hidalgo. Y grit -: Transmita, Miguel ngel! Zafarrancho de combate!

Miguel ngel se inclin sobre el teletipo y escribi rpidamente:

"Almirante Jefe a Flota. Zafarrancho de combate".

En el propio buque almirante reson con estruendo el rugido del claxon. Fieles a las ordenanzas, todos cuantos se encontraban en la cmara de derrota s ajustaron las escafandras y abrieron la espita del oxgeno. El oficial copiloto, apret un botn del tablero de instrumentos. La recia puerta de la cmara se cerr con seco chasquido, al mismo tiempo que las puertas de todos los compartimientos estancos del buque.

El comandante del buque, que ostentaba el grado de capitn de navo y estaba de pie tras el silln de los pilotos, tom un micrfono y pregunt a

travs del tornavoz de su escafandra:

-Listos a bordo?

-Listos a proa! -contest un altavoz.

-Listos a popa!

-Listos en el compartimiento de botes!

-Listos en sala de mquinas!

-Listos los tubos de lanzar!

La ltima voz, pareca algo anacrnico en la nueva tcnica de lucha implantada por los rayos "luz slida" Los torpedos, haban sido fcil presa para aquellos rayos una vez, y no exista la menor probabilidad de que sobrevivieran a las profundas reformas de la tctica implantada por el uso de la "luz slida" como arma ofensiva. Pero las reformas en la Armada Terrcola, se haban limitado a montar proyectores de "luz slida" en sustitucin de los antiguos Rayos Zeta, que desintegraban todos los metales conocidos a excepcin de la "dedona".

Los cruceros todava conservaban sus tubos lanzatorpedos, e incluso llevaban a bordo su dotacin habitual de torpedos "robot" reducidos, aunque nadie saba para qu pudieran aprovechar de ahora en adelante.

-Fjese en eso -dijo el almirante Fletcher sealando la superficie de la mesa-pantalla -. El enemigo sigue virando. Va a desaparecer tras el globo de Urano.

-Probablemente salieron tambin por detrs de Urano sin dar tiempo a Morgan para retroceder. Transmita esto, Miguel ngel; Almirante a Flota. Mantngase rumbo a Urano acortando la marcha dos "G".

Miguel ngel tecle en el teletipo con sus dedos enfundados en guantes de cristal plstico.

-Agrrense bien. Proa arriba, noventa grados. Frenos de fondo a dos "G" -orden el comandante del buque.

El piloto accion los mandos y la tripulacin experiment un sbito aumento de peso. Las posaderas de Miguel ngel soportaban en aquel instante una presin doble del peso habitual del cuerpo.

La Flota Combinada ya no "iba" hacia Urano sino que "descenda", sobre el gigantesco planeta teniendo a ste bajo las plantas de sus tripulantes.

-Comunique, Miguel ngel -orden Hidalgo -. Almirante a alas derecha e izquierda. No pierdan de vista los satlites de Urano. De all puede venir alguna sorpresa desagradable.

Miguel ngel, transmiti rpidamente el despacho. Termin y se ech atrs en su asiento. Casi inmediatamente, empez a teclear el teletipo receptor. Sofa Medina ley en voz alta a travs de su micrfono:

-"Almirante Kennedi a Almirante Jefe. Entendido. Miramos a Titania sin pestaear". "Almirante Bandini a Almirante Jefe. Entendido".

Respuesta que sirvi para comprobar la rapidez y eficacia con que funcionaba el sistema telegrfico de transmisiones.

Por espacio de media hora ms, los astronautas siguieron sintiendo aquella molesta sensacin de pesadez. La Flota descenda sobre el planeta Urano, el cual se mostraba en cuarto menguante.

-Malo -refunfu Hidalgo -. No me gusta nada esta tctica de los sadritas. Para pulpos son demasiado astutos. Quieren que vayamos a buscarles a su guarida.

-Y bien -contest Fletcher -. Qu piensa usted hacer? Nos estamos aproximando mucho a Urano.

Hidalgo reflexion unos momentos y dijo:

-Si damos la vuelta al planeta por un lado, ellos nos saldrn por el otro atacando por la espalda. Si intentamos cubrir todo el globo, dispersaremos mucho nuestras fuerzas. Vamos a partir la Flota en dos grupos y rodearemos Urano a la vez, por la derecha y la izquierda, mantenindonos a bastante altura para que no nos alcancen protegidos por la capa de vapores que envuelve al planeta.

-Seor -apunt Miguel ngel -. Si mandamos un grupo por la derecha y otro por la izquierda, forzosamente llegar un momento en que la masa de Urano se interponga entre las dos fuerzas y perdamos el contacto.

-Cmo! -grit Fletcher indignado -. Se atreve a corregir a un superior a un almirante en Jefe de la Flota Combinada?

-No corrijo, seor -repuso Miguel ngel sintindose enrojecer -. Slo me permito recordar al almirante que nuestro actual sistema de comunicaciones es puramente visual.

Fletcher iba a decir algo muy fuerte, pero Hidalgo, le ataj con un seco ademn y dijo:

-El contralmirante Aznar est en lo cierto. Haba olvidado que no podemos transmitir rdenes a travs de un cuerpo opaco. Preprese a transmitir este despacho, Miguel ngel. "Almirante Jefe a almirante Kennedy. A la recepcin tomar Divisin Venusina virando noventa grados a estribor para rodear a Urano a distancia cuatrocientos mil kilmetros".

-Y este otro.

Hidalgo se interrumpi al ver que Miguel ngel no escriba.

-Qu le ocurre? No me oye usted? Oh, no se preocupe! -Hidalgo sonri tras el cristal de su escafandra -. Formaremos un tercer grupo con la Divisin Marciana, y nosotros nos dirigiremos con ella hacia el Polo de Urano. Desde el Polo podremos ver a las dos divisiones que contornearn al globo por el Ecuador. Transmita lo que le he dictado.

Mordindose los labios con fuerza Miguel ngel Aznar se, inclin sobre el teletipo y empez a escribir. Slo el respeto a las ordenanzas militares y la seguridad de que acabara por irritar a Hidalgo, le impidieron decir lo que pensaba.

Lo que Miguel ngel Aznar pensaba era que, peor que la divisin de la fuerza en dos grupos, resultara la participacin de la Flota en tres

divisiones siderales. Ciertamente, el contacto no se perdera segn el nuevo plan, pero las tres fuerzas quedaran demasiado separadas entre s para auxiliarse mutuamente con la necesaria rapidez.

-Qu te ocurre? -pregunt Sofa en voz baja acercando su escafandra a la de su novio -. Te has propuesto ser t quien dirija la batalla?

-Seorita Medina! -bram el almirante Fletcher -. Deje en paz al contralmirante. Esto es ms serio de lo que ustedes creen. Estamos dirigiendo toda una batalla sideral!

Sofa se apart sin rechistar. Miguel ngel transmiti los tres mensajes; uno para Kennedy, jefe de la Divisin Venusiana. Otro para Morgan, jefe de la Divisin Terrcola. Y otro para la Divisin Marciana y los buques de desembarco del Ejrcito, que deberan acompaar al buque almirante sobre el casquete polar de Urano.

Cumplimentando estas rdenes se llev a cabo la divisin de la Flota Combinada en tres fuerzas que tomaron tres rumbos distintos.

-Ahora obligaremos a la fiera a salir de su cubil -manifest Fletcher con satisfaccin.

Pero Hidalgo, que haba ordenado la maniobra, no pareca en verdad muy satisfecho de s mismo. Quiz tuviera en aquel momento un presentimiento. Quiz pensara, arrepentido, que acababa de cometer un tremendo error. Pero si lo pens no rectific, pues una contraorden en aquellos instantes hubiera puesto de manifiesto su inseguridad y habra hecho dudar a toda la Flota Combinada de su competencia para dirigir tan importante batalla.

Y este fue el segundo error que cometi el almirante Hidalgo; un error que jams hubieran cometido las mquinas "robot" con su falta absoluta de "humana vanidad".

La Divisin Venusina, que estaba rodeando a Urano por la lnea del Ecuador hacia el Este, se vio de sbito atacada por una fuerza de ochocientos mil pequeos aparatos "Omega" que, surgiendo de la envoltura gaseosa de Urano como centellas, irrumpieron en el negro espacio barriendo por delante con sus rpidos haces de "luz slida".

Los venusinos se encontraban a cuatrocientos mil kilmetros de distancia de Urano, fuera del alcance eficaz de los dardos luminosos perforantes. Pero los "Omega", que suban sobre amarillos chorros de "luz slida", salvaron la mitad de aquella distancia en cinco minutos. Y dos minutos despus, antes que la Divisin Venusina pudiera ejecutar ninguna maniobra, sus diablicos rayos estaban destrozando buques a diestra y siniestra.

Mientras tanto, una fuerza ms pequea de doscientos mil aparatos "Omega" surga de la densa capa de vapores que enmarcaba la faz de Urano, y se lanzaba valientemente al ataque contra la Divisin Marciana y el Cuerpo Expedicionario del Ejrcito, formado por tres millares de "discos volantes" repletos de tropas "robot" y de blindados.

-Maldicin! -bram Hidalgo pegando un salto -. Fuego no dejen de disparar esos malditos rayos de "luz slida"!

Aunque la advertencia pareca innecesaria, Migue ngel se inclin sobre el teletipo y transmiti la orden correspondiente. Por su cuenta y riesgo aadi: " Muvanse! No se estn quietos un momento".

Y tanto la Divisin Venusina como la propia Divisin Marciana de la que el buque almirante formaba parte ahora, se entregaron a un activo baile en el que los cruceros saltaban bruscamente hacia arriba, se hundan vertiginosamente hacia abajo, o salan disparados hacia la derecha o la izquierda.

No pudiendo permanecer inactivo en su asiento y sin ver lo que ocurra. Miguel ngel salt de la silla y corri hasta el centro de la cmara de derrota. En la pantalla circular de la mesa vio venir a los "Omega" como una banda de enloquecidos cohetes. Las "herraduras volantes" se movan a derecha e izquierda, zigzagueando con increble agilidad mientras de sus proas salan haces de luz amarilla brillante.

Todo el cielo estaba cruzado por las barras luminosas e inquietas de los proyectores. Algunos "omega", alcanzados por puro azar, se desintegraban en medio de enceguecedoras llamaradas atmicas. El resto segua avanzando avanzando deslizndose milagrosamente entre los dardos luminosos de los proyectores marcianos, chocando a veces unos con otros, pero siempre avanzando, avanzando

Como un peine a travs de otro peine, as pasaron los "Omega" a travs de las lneas marcianas. Algunos centenares de "Omegas" entraron en colisin con los cruceros que torpemente salan al encuentro. La mayor parte se deslizaron como relmpagos por entre los buques de la Divisin Marciana.

Y los grandes y pesados "discos volantes" que estaban a retaguardia atrajeron con sus voluminosas masas la atencin de los artilleros electrnicos sadritas.

Los penetrantes dardos de "luz slida" atravesaron centenares de veces los cascos de "dedona" de los transportes del Ejrcito.

En aquellos tres mil grandes "discos" iba encerrado el Ejrcito Robot ms numeroso y potente que pudiera soar genio militar alguno. Un Ejrcito compuesto de millones de "hombres" robot, de blindados que tenan la forma de esferas, de plataformas volantes que eran bateras completas de caones atmicos todo reducido a tamao miniatura, cuidadosamente clasificado y encerrado en hermticas cajas de cristal, mantenido en su equilibrado estado de "compresin" por unas sirenas diminutas que funcionaban dentro de las mismas cajas.

Y ocurri que los rayos perforantes de "luz slida", atravesando el casco de los buques y el cristal de las cajas, pusieron en repentina libertad al diminuto ejrcito que, hinchndose monstruosamente, rompi otras cajas originando una especie de "reaccin encadenada" que

metamorfose en unos segundos toda la carga e hizo estallar en mil pedazos el buque transporte que haba quedado estrecho.

Toda la preciosa carga de los "discos volantes" salt en una explosin y se desparram por el espacio lanzando furiosos chisporroteos. Y como en el vaco interestelar no exista nada que detuviera el impulso de cualquier objeto, todas las mquinas conservaron su velocidad inicial y empezaron a alejarse del lugar de la explosin; unas para ser atradas por Urano y precipitarse sobre ste; la mayora adentrndose en las insondables profundidades del espacio emprendiendo una carrera que no terminara jams.

Muchos "discos volantes" estallaron por haber sido tocados en sus mquinas atmicas. La explosin liber el cargamento, que tambin explot, y las fabulosas cantidades de municin atmica de las mquinas blicas estallaron a su vez lanzando millones de mquinas destrozadas en todas direcciones como proyectiles.

En un abrir y cerrar de ojos, la flota de transportes del ejrcito qued aniquilada. Los "Omega", ciertamente, no resultaron indemnes. Una gran cantidad de ellos chocaron contra el material desparramado, entre el que haba millones y millones de proyectiles de carga atmica que hicieron explosin despedazando a las metericas "herraduras volantes".

El almirante Fletcher, que haba hecho girar el periscopio para seguir el paso de los veloces "Omegas", empuj violentamente a Miguel ngel gritndole:

-Qu hace usted aqu? Vuelva a su puesto!

Miguel ngel mir a Hidalgo. A travs del cristal de la escafandra el rostro del almirante apareca mortalmente plido.

-Vuelva a su puesto, Miguel ngel -orden serenamente -. Tiene que transmitir un

-Atencin! -grit el comandante del buque, que estaba mirando a la pantalla de televisin por encima del hombro del piloto -. Ah llega otra oleada de esos malditos "Omega"! Muvanse, muchachos no se estn quietos un segundo.

El crucero, en efecto, empez a saltar y a cabecear violentamente de un lado a otro. Miguel ngel retrocedi en busca de su asiento, pero los violentos movimientos del buque le hicieron perder el equilibrio y cay.

Cuando estaba en el suelo escuch una ahogada explosin acompaada de una extraa vibracin metlica. Algo muy rpido y brillante cruz la cabina como una exhalacin. Miguel ngel levant la cabeza a tiempo para ver cmo el almirante Hidalgo, que estaba asido a una de las barras de acero que iban del piso al techo caa hacia atrs con un tremendo agujero, horriblemente redondo, sobre el peto de su brillante armadura de cristal.

El repentino silencio advirti a Miguel ngel lo que acababa de ocurrir. En efecto, mirando al mamparo de popa vio all, a la altura del pecho de un hombre, tres redondos agujeros separados un palmo entre s. Eran tres impactos de "luz slida". Los tres rayos haban entrado por la proa y salieron por la popa despus de haber cruzado uno tras otro todos los compartimientos estancos y el casco de "dedona" del buque.

Al entrar en la cmara de derrota por encima de las cabezas de los pilotos haban destrozado algunas esferas indicadoras y mordido el borde superior de la pantalla de televisin.

Deslizndose a gatas Miguel ngel lleg donde yaca Hidalgo. El comandante del buque y el almirante Fletcher se inclinaron tambin. No tuvieron que esforzarse mucho para comprender que Hidalgo estaba completamente muerto. El rayo que le alcanz le haba atravesado de parte a parte el pecho llevndosele el corazn.

Fletcher se irgui tambalendose. Y Miguel ngel, que haba llegado a estimar verdaderamente a Hidalgo, tambin se incorpor asindose a una de las barras de acero.

Fletcher, que estaba atrozmente plido, movi los labios como si hablara. Hablaba en realidad, pero su voz no poda orse. Todo el aire contenido a presin en la cabina haba escapado por los agujeros. El vaco absoluto sustitua al oxgeno.

Miguel ngel conect su aparato de radio y todos los dems le imitaron. Mezclados con grandes ruidos, producidos por la erupcin solar, escuch muy lejanas unas voces que no pudo entender.

Fletcher le seal su puesto y conect el hilo de su telfono al circuito general del buque. Miguel ngel volvi a su silla y enchuf su clavija al circuito general. Inmediatamente escuch claramente la excitada voz de Fletcher que deca:

-Me oye usted, Aznar? Funciona el circuito? -Gracias a Dios sigue funcionando.

-Mande este mensaje general a toda la flota Em nos retiramos. Que rompan filas y que cada cual trate de escapar como pueda.

-No estar usted hablando en serio, verdad? -grit Miguel ngel.

-Qu otra cosa se puede hacer? -chill Fletcher. Venga aqu y mire en la pantalla. La Divisin Venusiana ha sido diezmada esos malditos "Omegas" vuelven al ataque. Nos aniquilarn a todos si no escapamos a tiempo!

-No intentaremos escapar!

-Qu dice usted? Maldita sea! Quin da las rdenes aqu? Yo soy ahora el almirante en Jefe. Haga lo que le ordeno!

-No podemos escapar -insisti Miguel ngel -.Los "Omega" son mucho ms rpidos que nosotros. Si nos lanzamos a la desbandada nos alcanzarn en un momento dndonos caza uno a uno. Todava somos superiores en nmero. Podemos ganar esta batalla si no nos dejamos

avasallar por el miedo y

-Cllese, maldito entrometido! -bram Fletcher blandiendo su puo amenazador desde el centro de la cabina -. Ser juzgado usted sumarsimamente por rebelde. Escuche esto, Aznar. Le doy tres segundos de tiempo para que expida ese mensaje o

Sin contestar palabra, Miguel ngel le volvi la espalda y empez a escribir rpidamente en el teletipo:

"Almirante en Jefe a Divisin Venusina; pasen sobre Urano y vengan a reunirse con Divisin Marciana a toda velocidad. No tienen mucho tiempo para salvar la piel, as que aprieten aunque revienten!".

Y a continuacin escribi:

"Almirante en Jefe a Divisin Terrcola; el enemigo, probablemente, ir ahora contra ustedes. Djenle acercarse sin volverle la espalda. Cuando los instrumentos anuncien que los "Omega" estn a cuatrocientos mil kilmetros es que, seguramente el enemigo est a la mitad de la distancia. Larguen entonces por todos sus tubos lanzatorpedos y salten para arriba disparando con todos sus proyectores de rayos. No lo olviden: "lancen con todos sus tubos"!

En este momento, una mano enguantada de vidrio pas sobre el hombro de Miguel ngel y, de un tirn, arranc el papel mecanografiado del carro. Era Fletcher, el cual ley con ojos desorbitados los dos ltimos mensajes y exclam:

-Se ha vuelto usted loco? Diga! Se ha vuelto loco?

-Usted es quien ha perdido el juicio, almirante Fletcher. El miedo le ha acogotado. No le censuro. Yo tambin tengo miedo pero me queda mi instinto de conservacin! As que deje hacer y vaya a sentarse tranquilamente en un rincn.

A travs del transparente de la escafandra el rostro de Fletcher apareca lvido.

-Un arma! -Rugi dando grotescos manotazos en el aire - Denme una pistola para que le salte la tapa de los sesos a este rebelde!

Miguel ngel alarg la mano y, de un tirn, arranc el hilo telefnico que el almirante tena enchufado a la lnea general del buque. Ya no se oy a Fletcher. Este, vctima de un ataque apopljico, empez a toser ahogadamente y se dej caer en el suelo, yendo a apoyar las espaldas en un mamparo.

El joven contralmirante fue al centro de la cmara. All, el comandante del buque le interpel:

-Seor Aznar. No s, ciertamente, si debo consentir que haga usted lo que est haciendo. El almirante Fletcher es ahora el jefe supremo de la Flota Combinada.

-Mire a Fletcher -seal Miguel ngel al hombre que tosa en el piso -. Cree que se encuentra en condiciones de dirigir los movimientos de la Flota?

-Aun as, hay infinidad de almirantes que estn por encima de usted. Creo que debo informarles de cuanto ocurre.

Miguel ngel se plant de un salto delante del comandante.

-Mire, capitn - dijo ponindole el ndice sobre el peto de la armadura -. Deje las cosas como estn. Ya he dado rdenes a la Flota. Si todo sale bien ganamos la batalla y todos nos agradecern que le arrebatramos el mando a Fletcher. Si la cosa sale mal seremos completamente aniquilados; usted, yo y todos cuantos formamos la flota. Y en tal caso tampoco hay por qu preocuparnos.

-Me pone usted en un aprieto.

-Todos estamos ahora en el mismo aprieto. Hgame caso; no toque las cosas de como estn.

El comandante dud unos instantes. Luego se encogi de hombros y regres junto a los pilotos.

Sofa Medina se reuni con Miguel ngel ante la mesa-pantalla.

-Buena la has armado! -Dijo despus de enchufar su hilo a la armadura del joven -: Qu puede salir de todo esto?

-No hay tiempo para pensarlo. Mira, el enemigo se vuelve contra la Divisin Terrcola. Ahora recibirn lo suyo!

En efecto, la fuerza casi intacta de los ochocientos mil "Omegas", despus de haber dejado diezmada y medio dispersa a la Divisin Venusiana, haba pasado por encima de sta y descrito un bello arco de estelas fosforescentes para ir a acometer de flanco a la Divisin Terrcola, que estaba al lado opuesto de Urano.

Las distancias se acortaron vertiginosamente, y pareca irremediable que la escuadra terrcola fuera a correr la misma suerte que la Divisin Venusina cuando el espacio se llen sbitamente del azuloso chisporrotear de miradas de torpedos autmatas de modelo reducido, los cuales alcanzaron su talla en un segundo y se pusieron en marcha avanzando como una jaura de perros furiosos al encuentro de la escuadra sadrita.

Los torpedos atrajeron la inmediata atencin de los proyectores sadritas. Estos, blandiendo vertiginosamente sus dardos amarillos, los iban haciendo estallar casi con la misma rapidez que los torpedos se metamorfoseaban en el espacio.

De pronto, la Divisin Terrcola asom por encima de sus propios torpedos lanzando una densa cortina de flagelantes rayos amarillos. Los pilotos sadritas, deslumbrados por el enceguecedor chisporroteo de los torpedos atmicos que estallaban, no podan ver al enemigo. Y sus proyectores, por otra parte, estaban en aquel instante muy entretenidos en contener y aniquilar torpedos

La hecatombe fue instantnea. Apenas si dur ms de dos segundos. La cortina de rayos terrcolas barri literalmente las lneas de la escuadra sadrita repitiendo con sta lo que ella haba estado haciendo con los

torpedos. El espacio, en una gran extensin, qued cubierto del silencioso pestaear de las explosiones atmicas.

Cuando los ojos deslumbrados de los terrcolas escrutaron las profundas tinieblas que siguieron a la intensa luz de la hoguera atmica, slo alcanzaron a ver unos cuantos "Omegas" que escapaban a toda prisa y los restos dispersos de la escuadra sadrita aniquilada.

-Tuvo xito! -grit Miguel ngel -. Les hemos destrozado!

Y el comandante del buque contest:

-No a todos. Ah regresan, juntas, las dos bandas que nos peinaron antes.

El joven contralmirante mir a la mesa-pantalla viendo que, en efecto, unos cuatrocientos mil aparatos "Omega" volvan sobre la Divisin Marciana.

Venan a mucha menos velocidad que antes, con la evidente intencin de acabar en esta "pasada" con los seiscientos mil buques marcianos sobrevivientes.

-Qu imbcil he sido! -grit Miguel ngel abalanzndose hacia el teletipo, maldiciendo interiormente por no haber advertido tambin a la Divisin Marciana que lanzara sus torpedos para que sirvieran de carnada a los rayos enemigos.

Y empez a teclear furiosamente, aunque le constaba que era tarde para dar la orden y ser obedecido.

Pero lo que Miguel ngel Aznar no previo ya estaba previsto por la suerte. Con el sistema telegrfico luminoso ocurra que todos los buques reciban el mensaje transmitido por el buque almirante, aunque no fuera destinado a ellos.

La Divisin Marciana, que rodeaba al buque almirante, haba captado, naturalmente, todas las rdenes transmitidas desde el "Olimpia" Su almirante jefe, as como todos los comandantes del buque, se haban enterado de las instrucciones destinadas a la Divisin Terrcola. Y como acababan de ver el magnfico resultado optaron por lanzar con todos sus tubos lanzatorpedos!

-Ven aqu, Miguel ngel! -grit Sofa Medina.

El joven abandon el teletipo y corri hasta la mesa-pantalla. Slo lleg a tiempo de ver el cegador fogonazo de los aparatos "Omega" que saltaban en pedazos bajo los espesos rayos de la Divisin Marciana.

-Vaya! -Murmur el joven echndose a rer nerviosamente -. Pronto han aprendido la leccin. Ahora ya podemos devolverle el mando al almirante Fletcher.

Pero Fletcher, no estaba en condiciones de hacerse cargo de la Flota Combinada. Miguel ngel telegrafi:

"Almirante Hidalgo muerto en combate. Almirante Fletcher, enfermo, incapacitado para tomar mando. Decidan los seores almirantes"

Y transcurri buen rato antes que el teletipo receptor empezara a teclear. Sofa Medina deletre:

"Almirante Morgan a almirante Bandini; en lo que a m respecta, considero que usted persona ms capacitada para ejercer mando"

Telegrama que inici un acalorado debate telegrfico en el que cada almirante propona a otro para que sustituyera al jefe de la Flota Combinada.

Al cabo de una hora de leer telegramas y ms telegramas Miguel ngel se encamin al rincn donde estaba Fletcher, silencioso y avergonzado. Un soldado le haba reparado el hilo desconectado por Miguel ngel. Este enchuf su clavija a la armadura de Fletcher y dijo:

-Mire, almirante. Puesto que ya se ha tranquilizado usted por qu no se anuncia dispuesto a tomar el mando? De lo contrario vamos a pasarnos un ao aqu sin decidir quin va a sustituirle.

-Cree usted que debo hacerlo, despus de lo que ha pasado? -pregunt Fletcher sorprendido.

-Pues qu ha pasado aqu? Usted se indispuso, eso es todo. Le impresion tremendamente ver muerto a un amigo, el almirante Hidalgo.

-Ciertamente, me impresion mucho -dijo Fletcher -. Pero suponiendo que tomara el mando qu iba a mandar? Nuestras fuerzas de desembarco fueron completamente destruidas. Debemos atacar a los sadritas de Urano solamente con los efectivos de la Armada?

-No creo que merezca la pena hacerlo. Quiz infligiramos grave dao al enemigo, pero no le aniquilaramos total y completamente. No es posible exterminar esa raza de pulpos desde el aire. Cuando nosotros nos marchemos, antes de que hayamos llegado a Redencin o a los planetas Thorbod, los sadritas habrn reconstruido todo lo que perdieron y volvern a levantarse amenazando el futuro de nuestra humanidad. No hay ms remedio que reconocer nuestra derrota, ir a Redencin y dar cuenta all de lo ocurrido. Nosotros, los que vayamos a la galaxia Thorbod, tambin advertiremos al Cuerpo Expedicionario de "Valera" si es que lo encontramos. Algn da volver aqu expresamente para aniquilar hasta el ltimo pulpo de esa maldita raza. Hoy por hoy no podemos hacer nada ms que levantar el campo y partir en busca de nuestros autoplanetas.

-Es lo mismo que estaba pensando yo slo que no me atreva a decirlo por si volva a tacharme de cobarde -suspir Fletcher.

-Nunca le tild de cobarde -advirti Miguel ngel. Contralmirante, quiere expedir un telegrama preguntando su opinin a los jefes del Estado Mayor Combinado?

Miguel ngel regres junto al teletipo. La vuelta de Retener al mando supremo zanj de golpe la discusin. Los almirantes que integraban el Estado Mayor Combinado coincidieron en que lo mejor era retirarse

en busca de los autoplanetas. La lucha ya no tena objeto, pues era imposible exterminar completamente a las criaturas de Titanio.

La, Flota, nuevamente reunida, se alej de Urano adentrndose en el espacio. A bordo del "Olimpia" la tripulacin procedi a retirar el cadver del almirante Hidalgo y a taponar los agujeros del casco con tarugos de madera a fin de poder inyectar nuevo oxgeno a presin en la cabina.

El almirante Fletcher entr en su camarote para meter en una maleta algunos efectos personales. Era el nico de a bordo que tena que cambiar de buque para tomar uno que se dirigiera en persecucin de los autoplanetas que volaban hacia Redencin. Las tripulaciones haban sido distribuidas de antemano en los buques, poniendo juntos a los que deseaban exilarse al mismo sitio.

Cuando el almirante Fletcher sali del camarote ya se haba practicado en el buque una atmsfera respirable que permita ir de un lado a otro sin escafandra. El comandante mand un hombre al compartimento de botes para que preparara la fala.

-Bien -dijo Fletcher con la maleta en la mano -. Nuestros caminos se separan aqu. Todos ustedes van hacia los planetas Thorbod no es cierto?

-Todos, no -contest Sofa Medina bruscamente -. Yo le acompao.

Una bomba, cayendo a los pies de Miguel ngel Aznar, no hubiera dejado a ste ms aniquilado.

-Ests bromeando? -pregunt.

La muchacha, sumamente plida, neg enrgicamente con la cabeza.

-No. Hablo completamente en serio. Me voy con el almirante Fletcher.

-Cielos, no permitir! T dijiste t prometiste

-Yo no promet nada. Y en cuanto a decir, no importa lo que dijera. -Los bellos ojos de la muchacha se llenaron de lgrimas al clavarse suplicantes en los de Miguel ngel -. Esto es superior a mis fuerzas, Miguel ngel. Comprndelo. No puedo abandonar a mis padres, a mis hermanos a todos cuantos me aman y yo amo Es una separacin definitiva. Es como si todos murieran de golpe!

Miguel ngel trag saliva con dificultad.

-Tambin t y yo moriremos el uno para el otro si nos separamos ahora -dijo lleno de angustia -. No me amas? Vas a ser mi mujer a vivir para m y nuestros hijos, como hacen todas las mujeres del mundo. Es cosa frecuente que las mujeres tengan que separarse de sus familias para seguir a sus maridos, a veces muy lejos de la familia.

-Muy lejos no es la distancia que hay entre Redencin y los planetas Thorbod. Yo podra vivir en Marte sabiendo que mis padres estaban en Venus, y sentirme feliz. Me bastara saber que poda verles, visitarles, hablar con ellos por radio en cualquier momento que quisiera para que la separacin no me fuera insoportable. Porque Marte, la Tierra y

Venus son mundos de un mismo Reino Solar. La distancia qu media entre ellos es relativamente pequea. Pero entre Redencin y los mundos Thorbod no hay distancia. Es una eternidad lo que separa a unos de otros!

-Tanto amas a los tuyos? Los prefieres a m? -pregunt el joven resentido.

Y la muchacha contest:

-Respndete t mismo a la pregunta. Prefieres tu familia a m? Si no es as vente conmigo!

Miguel ngel contempl a su novia con ojos tristes. -No podra asegurarte -murmur -. Hay mil motivos que podra explicarte y

-Oh, no te esfuerces en explicarlo! Slo existe una verdadera y poderosa razn. T no puedes separarte de los tuyos, como yo no puedo separarme de los mos. Y no es necesario discutir ms.

-Ah, bien! -exclam Miguel ngel rechinando los dientes -. Si tan decidida ests no merece la pena perder tiempo. Los tragos amargos cuanto antes mejor.

-Bueno -dijo Fletcher -. Si ya lo han decidido me despido de usted, seor Aznar. Que tengan todos mucha suerte. Y en cuanto a usted, le auguro un brillante porvenir en esa nueva colonia que se proponen fundar en la galaxia Thorbod.

Fletcher estrech la mano de Miguel ngel y del comandante del buque. Contest marcialmente al saludo del resto de la tripulacin, all reunida, y se alej por el pasillo diciendo:

-Vamos, seorita Medina?

Pero Sofa no se movi. Miraba a Miguel ngel con los ojos anegados de lgrimas.

-Vamos a despedirnos as? -pregunt.

El la mir furioso. De pronto abri los brazos y la tom entre ellos. Las dos corazas de cristal chocaron. Se besaron furiosamente en los labios.

-Pinsalo un momento, Sofa -murmur l -. Reflexiona por el amor de Dios, reflexiona! Tendrs luego una vida entera para arrepentirte!

-No hay tiempo para reflexionar. Antes de media hora las dos escuadras empezarn a separarse.

-Bueno, vete! -rugi el contralmirante expulsndola de sus brazos.

Ella tom su escafandra y se march en seguimiento de Fletcher. Miguel ngel aguard indeciso unos instantes.

-Vaya tras ella, hombre -gru el comandante del buque -. A lo mejor la convence en el ltimo segundo!

Miguel ngel le mir con ojos desesperados. De pronto ech a correr tras los que se iban. Los alcanz. Sofa volvi los ojos, le mir y sonri dbilmente. Siguieron en silencio hasta el compartimiento de botes.

En medio de un pasillo se vea una slida trapa de acero que, estaba levantada. Junto a la trapa haba un astronauta.

-Bueno, joven. A ver si se decide usted o acaba pronto la despedida -gru Fletcher empezando a descender por el agujero -. No sea cosa que me obliguen a quedarme a m tambin.

De pie junto a la escotilla los dos jvenes se contemplaron largamente.

-Sofa. Piensa si bajas por ese agujero jams me volvers a ver. Qudate conmigo!

-No puedo, Miguel ngel. Quiz me arrepienta algn da pero ahora no puedo!

-Vas a destrozar mi vida, Sofa.

-No lo creo. Si me amaras como dices vendras conmigo.

-No puedo.

-Lo s -dijo sollozando.

Y acercndose a l se empin sobre la punta de sus pies deslizando un suave beso en sus labios. Luego con los ojos llenos de lgrimas empez a bajar torpemente por la escalerilla.

El la mir con intensidad, esperando de un momento a otro que volviera atrs. Pero la cabeza rubia despareci en el agujero, la trapa cay y cerr de golpe Sigui una pausa Una luz verde parpade en el mamparo del corredor. El hombre que estaba junto a la escotilla cerrada mir al joven contralmirante. Apret un botn.

Se escuch un ruido apagado bajo el piso.

-La fala ha salido, seor.

El contralmirante mir como fascinado aquella fea tapa metlica tras la cual haban desaparecido sus ms dulces ilusiones. Saba que all debajo no haba nada, sino espacio vaco; sombra y fro sideral. Y sin embargo, esper asido a la vana esperanza de que la tapa volviera a levantarse dejando asomar el rostro sonriente de Sofa Medina.

Pero esto era imposible, porque Sofa Medina, el almirante Fletcher y la fala que los llevaba ya no estaban all. Volaba a travs del espantoso abismo sideral hacia los buques que, lanzando un saludo luminoso, se alejaban en direccin opuesta hacia aquel remoto mundo llamado Redención.

F I N.